

¡SALVEMOS LA TIERRA!

A. Thorkent

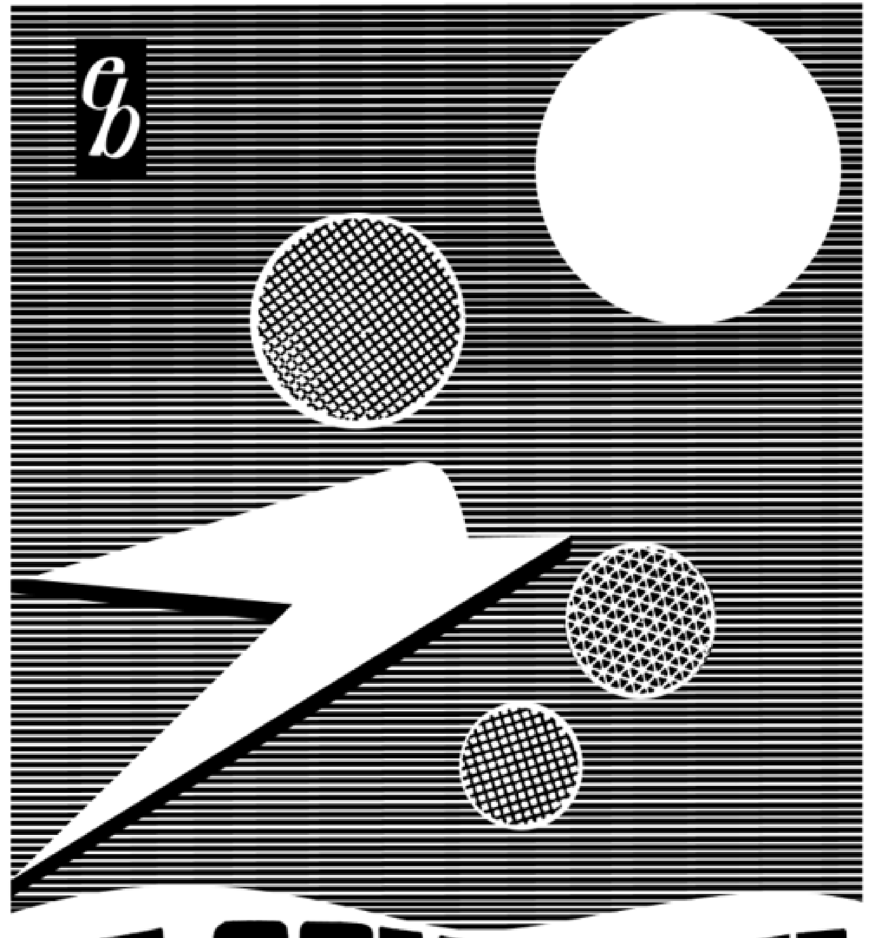
CIENCIA FICCION



¡ SALVEMOS LA TIERRA !

a. thorkent

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

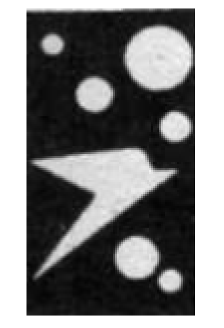
EN ESTA COLECCIÓN

1. — Harén de terrícolas - *Ralph Barby*.
2. — La comunicación - *Marcus Sidéreo*.
3. — ¡OVNI! - *Curtís Garland*.
4. — Los hombres del mal - *Burton Haré*.

A. THORKENT

¡SALVEMOS LA TIERRA!

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 306Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.572 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Arnold Farrar estaba empezando a perder la paciencia, al mismo tiempo que se preguntaba cuál era el error que había cometido.

Hacía ya unos minutos que el empleado del despacho le musitó una entrecortada disculpa, antes de retirarse por una puerta que cerró de golpe. Farrar ya había tenido que soportar la mirada incrédula de aquel tipo, cuando envió el mensaje prioritario. Luego, cuando manifestó su deseo de desembarcar en la siguiente parada, fue observado como si acabase de escaparse de un manicomio.

El empleado regresó con los papeles de Farrar en la mano, intentando esbozar una sonrisa.

—Siento haberle hecho esperar, señor Farrar; pero el capitán desea verle.

— ¿Para qué? Yo no he pedido hablar con el capitán.

—Lo sé.

—Sólo deseo que mi equipaje sea bajado en el próximo puerto...

—Sí, y así será. Haremos lo que usted diga. Está en su derecho. Pero, antes, deberá hablar con el capitán. Farrar frunció el ceño.

— ¿Es una orden?

— ¡De ninguna manera! Considérelo como un ruego del capitán.

—Está bien. Le veré. Pero, mientras tanto, puede usted poner a mi pasaporte los sellos que desee o sean precisos.

—Esperaré a que regrese —replicó el empleado, con una sonrisa de suficiencia.

Arnold deseó replicarle, pero decidió callar. Siguió el camino que le indicaron, y se detuvo ante una puerta, que se abrió apenas hubo pulsado él llamador.

—Pase, señor Farrar. —El capitán del transporte *Yundoi* le recibió amistosamente, tendiéndole la diestra, que Arnold estrechó con cierta desgana.

—Me han dicho que desea verme, capitán.

—Así es. Siéntese, por favor.

El capitán dio la vuelta a su mesa de trabajo, y se acomodó frente a Arnold. Le preguntó si deseaba fumar o beber algo.

—No, gracias —respondió Arnold—. Únicamente estoy impaciente por saber lo que usted quiere de mí.

—Nada deseo de usted, señor Farrar —sonrió el capitán—. Pero es posible que pueda aconsejarle.

— ¿Aconsejarme? No entiendo...

Arnold sí entendía, pero quería seguir aparentando la suficiente ignorancia para averiguar hasta dónde el capitán podía llegar.

—El empleado de aduanas me informó de su pretensión de desembarcar.

— ¿Es una norma de esta* nave? ¿Siempre le informan de los pasajeros que van a desembarcar?

—No ironice, por favor. Usted adquirió pasaje para Altair II, no para la Tierra. ¿Por qué ese cambio?

—Me costaba igual —Arnold encogióse de hombros—. Por cierto, eso fue algo que no comprendí. ¿Me lo puede usted explicar?

—Claro que sí. Nadie baja en la Tierra. Los ordenadores tienen tarifado el pasaje a igual precio para la Tierra que para Altair. Le aseguro, señor Farrar, que llevo ocho años trabajando en esta línea, y nunca vi a nadie que abandonase mi nave para quedarse en la Tierra.

—Eso no es posible. Entonces, ¿por qué se detienen, en lugar de pasar de largo?

—Son disposiciones del Consejo Galáctico. Son varias las naves que descienden en la Tierra, aunque generalmente no para que los pasajeros bajen. Recuerdo que fue hace tres años cuando llevé allí a varios miembros del cuerpo diplomático del Consejo; destinados a la Embajada. ¿Sabe? Esos pobres muchachos parecían ir al patíbulo. En cambio, los que ellos relevaban estaban como yo y mis hombres les podíamos ver después que pasaran cuatro años en un manicomio... o el mismísimo infierno —el capitán suspiró—. Hasta el año que viene no recogeré a ese desdichado grupo. Ojalá estén todos vivos. Son diplomáticos que hicieron mal su trabajo, se dejaron sobornar o cometieron cualquier pecadillo, pero yo creo que no debían ser merecedores de semejante castigo. Tal vez con echarlos del cuerpo, habría bastado.

—Me temo que exagera.

—Todo lo contrario. Lo que aún no me explico es el motivo que impulsa al Consejo Galáctico a mantener sus oficinas en la Tierra. ¿Para poder amenazar a sus empleados díscolos con enviarlos allá, si no trabajan correctamente? Es posible. El caso es que la Embajada no tiene que ocuparse de ninguno de sus súbditos porque, sencillamente, no viven ciudadanos de la Federación en la Tierra.

—Entonces, yo seré el primero —rió Arnold.

—No pretenda hacerme creer que piensa quedarse para siempre.

—No. Sólo estaré un corto espacio.

El capitán cruzó los dedos y se adelantó para decirle:

—Ahí quería yo llegar, señor Farrar. ¿Le han informado convenientemente de que, si desembarca en la Tierra, no le será tan fácil obtener el regreso?

—Me habían comentado que existen ciertas dificultades, pero yo confío resolver cualquier problema que se me presente.

—No deben haberle dicho la verdad. Es posible que entonces se alegre de que exista allí una delegación de la Federación. Pueden ayudarle, pero poco. Por ejemplo, yo voy con el pasaje completo. No pensaba embarcar a nadie, pero ahora, con su pretendida intención de quedarse en la Tierra, comunicaré que puedo admitir a una persona. Sólo una. Y existen miles, en una interminable lista, que aguardan pacientemente, desde hace años, poder marcharse.

—Me alegro de hacer feliz a alguien.

El capitán movió la cabeza, como si buscase argumentos para hacer desistir de su pretensión a Arnold Farrar.

—Aún está a tiempo para cambiar de opinión. Le dije al empleado que no le sellase su pasaporte hasta después de haber hablado conmigo.

—Mire, capitán. Le agradezco mucho su actitud, porque estoy seguro de que es usted sincero. Pero no insista. Estoy decidido.

—Una última cosa, que me gustaría preguntarle. Claro que se trata de algo personal y sé que no debería...

—Por favor, hágame esa pregunta. Se la contestaré... si puedo. Pero no me sentiré ofendido.

—Usted nació en la Tierra. De esto hace unos treinta años...

—Yo apenas tenía cuatro, cuando partí —replicó Arnold, muy serio—. No lo recuerdo muy bien, pero luego me lo contaron. Fue durante la última revuelta organizada.

—Veo que está más enterado de la Tierra y su historia de lo que yo había pensado —sonrió el capitán—. Luego, arribó al planeta Carhlu, en donde fue adoptado, y obtuvo la ciudadanía federativa.

—Veo que ha leído a fondo mi pasaporte.

—Sí. La verdad, señor Farrar, no le entiendo. ¿Es usted un escritor, y desea vivir un tiempo en la Tierra para documentarse y escribir más tarde un libro?

—No. Ya se han escrito cientos de miles de páginas acerca de la Tierra, y nadie se siente interesado por el caso.

El capitán se puso en pie, y acompañó a Arnold hasta la puerta.

—Usted fue el único miembro de su familia que consiguió salir de la Tierra, ¿no es así? —preguntó el capitán.

El rostro de Arnold se ensombreció.

—Si. Lo intentó toda mi familia, pero sólo yo conseguí traspasar la barrera policíaca. Un tío mío me ayudó, a costa de caer él bajo el fuego de los guardianes.

El capitán volvió a estrecharle la mano y le dijo con tono admirativo:

—He adivinado lo que intenta hacer, señor Farrar; pero lamentablemente, tengo que decirle que no podrá conseguir nada. ¿Por eso envió el mensaje prioritario?

—Lo ha adivinado, ¿eh? Ya veo que los chicos de la Embajada sí sirven para algo. Un amigo mío sufrió un castigo por cierto asuntillo. Era uno de ese grupo que usted trajo hace tres años. Antes de marchar, le rogué que me hiciera cierto favor… y hace unas semanas, recibí noticias suyas. En cierta forma, eran reconfortantes.

— ¿Sólo en cierta forma?

—Han pasado veintiocho años, capitán. Mi familia se ha visto considerablemente mermada, pero aún existe, y esto es suficiente para mí.

—Le deseo suerte, señor Farrar. La va a necesitar.

—Gracias.

Arnold regresó junto al mostrador. Apenas le vio, el empleado le tendió los documentos, diciendo:

—Todo está en orden, señor. El capitán me ha ordenado que le atienda en todo lo que precise.

—Terminaré mi equipaje en unos minutos. Puede decir que vayan a recogerlo dentro de media hora. Tengo entendido que aterrizaremos en menos de ocho, ¿no es así?

—Correcto. Ya he visto que se vacunó convenientemente en Carhlu contra todo lo preciso para poder andar por la Tierra. Pero creo que aún le queda algo, señor.

—Me parece que se olvidaron de vacunarme contra los curiosos —refunfuñó Arnold—. ¿Qué se me ha olvidado?

—Al descender en la Tierra, obtiene un derecho que los ciudadanos de la Federación pueden utilizar. ¿Desea un permiso para que el armero de la nave le provea de lo necesario?

—Ya había pensado en eso —rió Arnold, alejándose del mostrador.

Mientras se dejaba llevar por las cintas deslizantes hacia su camarote, Arnold pensó si merecía la pena correr aquel riesgo. Torhan, el secretario de la Embajada, no había sido muy preciso en su mensaje, lo que era normal, teniendo en cuenta lo que costaba enviar unas parcas letras desde la Tierra hasta Carhlu, a más de ochenta años luz. Luego estaba el mensaje prioritario que había enviado hacía una hora a la Tierra. Le habían dicho que no podían garantizarle la recepción, a pesar del sobreprecio que pagó.

Nada podía garantizarse en la Tierra.

CAPÍTULO II

Tony Torhan lanzó una maldición cuando el grifo soltó el silbido seco. Salió de la ducha y abrió la llave de la reserva de agua. Se duchó rápidamente para consumir la menor cantidad de líquido. Por suerte, el aparato de aire caliente acababa de ser reparado, y se secó en unos segundos. Se vistió y sacó algo para desayunarse del frigorífico, mientras el café se calentaba. Procuró no hacer ruidos para no despertar a sus compañeros, que dormían.

Había pedido permiso para no ir al trabajo aquel día, y poder marchar hasta el puerto del espacio, para lo cual se había levantado tres horas antes de lo normal.

Se acercó a la ventana y lentamente, abrió una de las puertas de acero. Miró a través del cristal a prueba de balas hacia la calle. La negrura de la noche le impidió ver el asfalto. Los edificios de enfrente parecían moles negras en los que no brillaba ni un solo punto de luz. Cerró la hoja y regresó a la cocina. Se sirvió el café y empezó a comer las tostadas, después de cubrirlas con mermelada.

Encendió un cigarrillo, mientras repasaba el armamento. Se guardó la pistola en la funda sobaquera, y cargó el rifle.

—Debería acompañarte, Tony —le dijo una voz a su espalda.

— ¿Por qué te has levantado? —preguntó Torhan, al ver a Carlos dirigirse hacia él. Era uno de sus compañeros de apartamento, y aún tenía sueño en sus ojos. Un buen chico.

—Puse el avisador para que me despertara a esta hora. Insisto en acompañarte.

—Ya te dije anoche que era una cosa particular mía, y sólo yo tengo que ir al astropuerto. Además, ¿qué le ibas a decir al jefe?

Carlos soltó una risita.

—No será el primer día que le digo que fue a causa del tráfico. Me vestiré en un segundo.

—De ninguna manera. Gracias, de todas formas.

—Está bien, como tú quieras. Pero al menos, llévate mi lanzador. Te conviene tener algo que no haga el menor ruido, y sea eficaz en distancias cortas.

Tony tomó el cilindro que le tendía su amigo. Se remangó y se lo sujetó a su antebrazo con las correas. Su lanzador estaba averiado, y se alegró de llevar uno. Se sentía muy tranquilo con él. Pero nunca se habría atrevido a pedírselo a Carlos. De súbito, se sintió culpable.

—No debería... Podría hacerte falta. —Oh, vamos. Yo iré con los demás, como siempre. —En ese caso... Gracias otra vez. —Te acompañaré hasta la puerta. ¿Le dijiste a Pertur que te tuviese dispuesto el vehículo? —Sí, desde luego.

—Últimamente, el barrio ha estado bastante tranquilo. Estoy seguro de que, al menos, no tendrás problemas en salir de la periferia de seguridad.

Habían llegado hasta la puerta. Carlos encendió la pantalla de televisión, y escudriñó el pasillo hasta más allá de los ascensores. Asintió y tomó del armero la escopeta de gran calibre, que montó antes de empezar a descorrer los cerrojos y cierres de la puerta de acero.

Tony, enfundado en su grueso abrigo, no pudo evitar un estremecimiento al salir al pasillo. Sin volverse, escudriñándolo, hizo un gesto de despedida a Carlos, con la mano izquierda, que sostenía el rifle, mientras que con la derecha amartillaba la pistola. Incluso con ella podría disparar el lanzador, lo cual había conseguido después de

un largo entrenamiento.

Corrió hacia los ascensores, sabiéndose guardada la espalda por Carlos, desde la puerta del apartamento. No era probable que sufriera un ataque en el edificio, ya que se podía considerar bien guardado, con las máximas garantías de seguridad. Sin embargo, no pudo apartar de su mente que, seis meses antes, una banda saqueó e incendió un bloque entero, a sólo diez manzanas más al norte, matando a casi todos los inquilinos, antes de que los guardianes acudieran a la llamada de auxilio. Los bandidos sorprendieron al portero y los tres vigilantes de servicio.

Miró hacia su derecha, hacia el pasillo en penumbras. Hacía ocho días que las luces se averiaron y aún no habían sido reparadas. Naturalmente, los ascensores carecían de fuerza para moverse. Conectó su pila energética individual, y esperó que la cabina ascendiese. Aquél era un sistema recientemente implantado, que daba buenos resultados, sobre todo durante la noche. De esta forma, únicamente los vecinos del edificio podían hacer uso de los ascensores.

Tony volvió a saludar a Carlos, mientras las puertas se cerraban. Apretó el botón del garaje, y distendió los músculos mientras descendía. Fue contando los pisos. Tenía que estar preparado cuando llegase al sótano, al abrirse las puertas.

La cabina se detuvo secamente, y Tony aprestó sus armas, echándose a un lado, mientras las puertas se abrían. De un salto salió del ascensor y apoyó la espalda contra la pared, escudándose detrás de un pilar de hormigón.

Apenas una docena de luces intentaban despejar las tinieblas del sótano, lleno de coches pintados de negro. Escuchó un ruido a su izquierda y, tragando saliva, dijo:

—Soy Torhan.

Una figura recelosa salió de la oscuridad. Llevaba una ametralladora, que le apuntaba. Cuando el vigilante estuvo más cerca, la bajó, diciendo un poco malhumorado:

—No le esperaba hasta dentro de veinte minutos, señor Torhan.

—Lo siento. No pensé que eso tuviera importancia.

—Es la primera vez que sale de madrugada, ¿no? —El vigilante

era un hombre maduro, con medio rostro quemado y de aspecto desagradable. Pero todos los inquilinos sabían que era eficaz en su trabajo—. No olvide, para otra vez, que sólo debe aparecer aquí cuando yo lo sepa. Ni se adelante ni se atrase. Y si así ocurre, no deje de advertírmelo por el comunicador interior. Incluso creo que hoy debió utilizarlo, aunque bajase a la hora que me dijo ayer que lo haría.

—Lo recordaré para la próxima vez —asintió Tony, dirigiéndose a su coche.

—Ya lo repasé hace unas horas —dijo el vigilante—. Está todo en orden.

Tony sonrió. El vigilante esperaba su propina. Sacó un billete de cien créditos, que el otro se guardó rápidamente. Luego corrió hacia su cabina, encendió la luz, y Tony vio que estuvo observando la calle por los visores. Se introdujo en el coche, y dejó junto a él las armas. El lanzador no le estorbaría para conducir. Por la estrecha ventanilla lateral recibió el aviso del vigilante para que se dirigiera hacia la rampa de salida. El motor tosió y, en unos segundos, adquirió el ruido que Tony deseaba. Puso en marcha el coche hacia la salida, hacia la cerrada puerta de acero, que estaba comenzando a elevarse. Detrás de esta puerta había otra que sólo se abriría cuando la primera se cerrase tras sus espaldas.

Al salir a la calle, las primeras luces del día surgían entre los negros edificios, pálidas y sin fuerza para taladrar la neblina espesa.

Tony sintió deseos de encender los faros, pero recordó la recomendación de no hacerlo cuando estuviese solo en una calle y de noche. Podía atraer la atención de algún francotirador, con ganas de divertirse.

Durante cerca de una hora, estuvo conduciendo por el barrio lentamente, hasta que la claridad del día le ofreció la suficiente luz para acelerar la marcha. Desde que salió de su calle se cruzó con varios coches, los cuales frenaban al verle, al igual que él hacía. Seguramente, sus conductores estaban tan asustados como él.

Pero aquel barrio era de los más tranquilos de la ciudad, y podía permitirse el lujo d£ confiarse un poco. Por suerte, para salir a la autopista que le conduciría al astropuerto, no tenía que cruzar la parte de la ciudad central, con sus continuos atascos, elevado índice de contaminación, aullidos de sirenas de la policía o bomberos... y

tiroteos. La policía no se andaba con remilgos cuando tenía que intervenir. Y tenían razón para disparar primero y luego averiguar si entre los muertos había algún culpable.

Al doblar una esquina y penetrar en una zona antigua, con pequeñas edificaciones, todas ellas provistas de elevados muros, tuvo que pisar el freno con todas sus fuerzas. Delante de él estaban varios coches pintados de rojo de la policía y algunas unidades contra disturbios, erizadas de cañones. A la derecha de la avenida descubrió algunas casas que aún humeaban. A lo lejos vio varios camiones de bomberos alejarse, seguidos de algunas ambulancias.

Los guardianes, con indumentarias fantasmagóricas, le hacían señas para que aminorase la marcha, ya que tenía que pasar por un estrecho pasillo, formado entre coches rojos. Uno de ellos sostenía el indicador de identificación y parada.

Tony había estado conduciendo un poco indolente mente, tal vez cansado y con sueño. Afortunadamente, se había percatado de las señales justo a tiempo. En caso contrario, le habrían disparado sin contemplación alguna.

Bajó la ventanilla, después de parar. Se sintió nervioso al verse apuntado por varios hombres, mientras un guardián se le acercaba con la mano extendida.

Tony sabía que, ante aquella situación, debía mantener sus manos alejadas de las armas que tenía a su lado, mientras entregaba al agente sus documentos.

—Vaya, un ciudadano de la Federación —masculló el guardián, devolviéndole los papeles—. Nunca vi uno. No los suponía así —terminó riendo.

Torhan no contestó. Se guardó los papeles, y preguntó si podía continuar.

—Este no es el camino de la Embajada del Consejo Galáctico —dijo el agente—. ¿Dónde va?

—Al puerto del espacio.

— ¿Sólo usted va a recoger al enviado del Consejo?

Tony frunció el ceño. No podía explicarse cómo aquel hombre conocía la noticia. Era cierto que alguna personalidad importante del

Consejo era esperada, de un momento a otro, pero la hora de su llegada sólo era conocida por el embajador. Ningún funcionario de la Embajada lo sabía, aunque se suponía que podía ocurrir aquel mismo día.

—No exactamente —replicó Tony. Tampoco tenía el menor deseo de extenderse en explicaciones—. Son otros asuntos diferentes los que me llevan allí. ¿Cómo sabe que hoy llega un enviado del Consejo?

El agente se encogió de hombros.

—Es que las casas esas que ve eran las destinadas para el enviado del Consejo y su séquito. Al parecer, los Ulters lo sabían también y las dinamitaron. Es posible que así quisieran demostrar que no están de acuerdo con tal visita. Vamos, puede marcharse.

Por el espejo retrovisor, Tony vio que otros coches esperaban detrás de él. Aceleró y se alejó de aquel sector. Luego encendió un cigarrillo y se sintió más tranquilo. Aún se cruzó con varios coches patrulla, antes de abandonar el barrio más importante de la ciudad, el de las rentas altísimas y en donde, se decía, una criatura podía deambular por las noches... si sabía manejar un arma. De todas formas, era aquel sitio donde las autoridades intentaban que la tranquilidad fuese mayor que en cualquier otra parte. Y sólo lo conseguían al cincuenta por ciento.

Tony resopló. Pese a que ocupaba un alto puesto en la Embajada, no tenía la menor noticia de que se fuesen a alquilar algunas casas de la avenida que había dejado atrás, con sus altos muros y defensas sofistica das. Lo lógico, pensó, era que si alguna personalidad importante del Consejo Galáctico llegase a la ciudad, se alojase en el monolítico edificio de la Embajada.

Escupió una bocanada de humo, y arrojó medio cigarrillo al cenicero. Decidió apartar de su mente aquel asunto que, por el momento, en nada le concernía.

Dos horas más tarde, después de sufrir tres atascos, tener que volver a identificarse dos veces en otros tantos controles de la policía, y esquivar fortuitamente una escaramuza en la entrada de la autopista, Tony entraba en los aparcamientos del puerto del espacio.

Entregó su auto a los hombres armados que vigilaban el aparcamiento, abonó la cuota y recibió la tarjeta de identificación, sin la cual no le volverían a dejar entrar. Si la perdía, podía pensar en

conseguir un vehículo nuevo, lo que era casi imposible.

Hacía frío, y cerró el cuello de su abrigo. Las manos enguantadas sujetaban firmemente el rifle. Probó a sacar la pistola a través de la abertura que el abrigo tenía dentro del bolsillo. Se encasquetó el gorro y en dos ocasiones tuvo que hacer descender la mascarilla de oxígeno para librarse de las nubes irrespirables que movían el viento a ras del suelo, procedentes de las pistas de aterrizaje.

Consultó la hora. Aún faltaban unos minutos para que la nave donde llegaba Arnold Farrar descendiese. Con un poco de suerte, podría verlo, sin tener que recurrir a los avisos de los altavoces.

CAPÍTULO III

El oficial de esclusa le aseguró que su equipaje lo encontraría en la aduana, adonde un coche que le esperaba al pie de la nave, le llevaría. Luego le entregó un estuche, diciéndole que el capitán le había rogado que se lo diese al desembarcar.

Arnold tomó el estuche y lo notó pesado. El oficial le dijo:

—Es una pistola energética. Pequeña, pero muy eficaz. Tiene fuerza para hacer cien disparos. Es desconocida aquí. Será mejor que no la enseñe, o tratarán de robársela. Está registrada a su nombre, y los aduaneros no podrán objetar nada.

— ¿Cree que la necesitaré?

—Me temo que sí. Al menos, si le ven armado, le respetarán más. Claro que todo dependerá de los sitios que frecuente. Pida en información un mapa de la ciudad. Las zonas que vea en rojo son los barrios donde la policía no tiene autoridad efectiva. Y por desgracia, casi todo el mapa está de ese color, con pequeñas islas en verde.

Arnold había intentado documentarse todo lo posible acerca de la Tierra, antes de salir de Carhlu, pero, al parecer, los escasos datos que había recogido no eran suficientes. Aún tenía que aprender muchas cosas. Su intención inicial de rechazar aquel arma desapareció y la aceptó. Sacó la pistola de la caja y la guardó, después de asegurarse que entendía su funcionamiento.

Estrechó la mano del oficial y entró en la cabina El encargado de manejarla estuvo estudiándole durante todo el trayecto. Era un tripulante del *Yundoi,* un veterano del espacio, y no debía comprender cómo aquel hombre joven decidía bajar.

El coche que le esperaba era pequeño y el conductor no contestó al saludo de Arnold, limitándose a ponerlo en marcha, apenas el extranjero se hubo acomodado.

Arnold suspiró y sacó un cigarrillo, que encendió. Al alzar la mirada, descubrió que el conductor le observaba por el espejo retrovisor. Creyó descubrir en el semblante del hombre cierta ansiedad al verle fumar. Instintivamente, le ofreció el paquete, que le fue tomado con excesiva rapidez, como si estuviese temiendo que cambiase de opinión.

El conductor sacó un cigarrillo y Arnold pudo ver que éste se guardaba dos más disimuladamente. Al cabo de un instante, el conductor se acordó de darle las gracias, y comentó:

—Hacía tiempo que no fumaba algo decente. Ustedes, los ciudadanos de la Federación, aún se permiten ciertos lujos.

Arnold arrojó el paquete sobre el asiento delantero, al lado del conductor, diciendo:

—Quédese con el resto, amigo. Creo que aún tengo otros en el equipaje.

El conductor soltó una risotada.

—Pues si tiene la suerte de que los aduaneros no le roben el tabaco, yo puedo ofrecerle una buena cantidad por cada cajetilla.

¿Qué le parecen cincuenta créditos por cada una?

Arnold sabía que no le costaban ni la décima parte en su planeta, según el cambio oficial, pero negó con la cabeza. Luego tuvo también que rechazar otra clase de ofertas. Aquel tipo quería comprarle todo lo que llevaba, pagando por cada utensilio verdaderas fortunas.

Hizo regresar su atención al exterior. Arnold nunca había visto un puerto del espacio como aquél. El día, frío y desapacible, con el cielo oscurecido por densas nubes oscuras, no ayudaba a ofrecer una imagen mejor de aquel conjunto. Detrás quedaba la nave de la Federación, *Yundoi,* resplandeciente y desentonando en medio de docenas de otras de feo aspecto, grandes y pesadas, sólo destinadas a viajar a Marte o Venus. Los terrestres, después de la gran etapa colonizadora, habían perdido u olvidado el arte de navegar a las estrellas. O tal vez estaban totalmente desinteresados por ellas, aunque esto último no podía comprenderlo cualquier ciudadano de la Federación.

Sin embargo, Arnold descubrió pronto otra nave que, rápidamente, identificó como procedente de algún mundo de la Federación. Cuando el coche pasó más cerca de ella, supo por sus siglas que estaba matriculada en Aztlan, el planeta administración de la Federación, sede del Consejo Galáctico. La nave estaba rodeada por altas alambradas y todo el perímetro exterior de ésta se hallaba desalojado.

El conductor debió percatarse del interés que aquella nave había despertado en Arnold, pues comentó:

—Sí, es de ustedes esa joya; llegó anoche y aún no ha bajado nada ni nadie de ella. ¿Acaso usted no sabe lo que se traen entre manos sus compatriotas?

El hombre escupió. Debía tener algunos resentimientos, como casi la mayoría de los terrestres, hacia las gentes de los otros planetas.

—Lo ignoro. ¿Es que no aterrizan más naves de la Federación en la Tierra?

—Oh, claro que sí. En otros lugares del continente sur llegan a docenas, pero todas son carroñeras.

Como Arnold no captó el sentido de las palabras, el conductor, después de maldecir, explicó:

—Son naves que vienen a llevarse cosas de la Tierra, tesoros nuestros a cambio de las migajas de la Federación.

Luego calló y se ensimismó en su tarea de conducir el coche por la estrecha carretera llena de baches, los cuales no se preocupaba de salvar. A ambos lados circulaban los camiones cargados de mercancías, grupos de estibadores y algún que otro coche atestado de soldados armados hasta los dientes y vestidos con gruesos trajes de asbesto, cascos, y caretas antigás. Instantes después se escucharon ulular las sirenas y los coches de soldados se pusieron en marcha a toda velocidad.

Arnold preguntó que ocurría y el conductor se limitó a encogerse de hombros y responder:

—Disturbios.

Aquello debía ser algo natural porque el estibador prestaba atención al paso de los camiones cargados de hombres armados.

Por fin llegaron a las edificaciones de la terminal, en donde el conductor insistió en querer comprar a Arnold parte de sus pertenencias. Después de recibir una última negativa, se alejó, gritando una maldición.

Arnold se estremeció al sentir el frío de la mañana. Se apresuró a franquear las puertas de cristal. El vestíbulo estaba caliente, tal vez demasiado. Y el aire no resultaba muy agradable, al respirar. Olía demasiado a humanidad. Y todo aquello no estaba excesivamente limpio. Había demasiada gente y Arnold, llevando de su mano derecha la pequeña valija, se sintió agarrado con violencia por los brazos.

Escuchó una voz a su espalda que le decía:

— ¡Eh! ¿Dónde piensa ir tan de prisa?

Se volvió y se encontró con las caras adustas de tres hombres vestidos de gris, con correajes negros y casco de acero.

—Busco la aduana...

— ¿Dónde cree que está? —preguntó uno, riéndose.

—Lo siento —Arnold se sintió avergonzado. No había visto los indicadores que colgaban de las paredes. En su precipitación por escapar del frío, los ignoró—. Aún estoy un poco aturdido. Me dijeron

en la nave que aquí podría recoger mis maletas.

—Debe tratarse del pasajero de la Federación que descendió del *Yundoi* —dijo uno de los hombres a los otros dos.

—Ya, es el tipo aquel del que hablamos. Sí, arnaco, tenemos sus maletas aquí. Pero deberá esperar.

— ¿Esperar? Me aseguraron que estarían dispuestas para cuando yo llegara. ¿Es que aún no las han inspeccionado?

—Desde luego que las miramos —rió uno de ellos, el que llevaba unos galones y parecía ser un suboficial—. Pero ahora tiene que esperar al teniente.

— ¿Ocurre algo anormal?

—Sólo que tiene que pagar los derechos.

Arnold llevaba dinero terrestre, y preguntó cuánto debía abonar. Consiguió créditos de la Tierra en Carhlu, a buen precio. Un crédito galáctico valía más de cien terrestres.

—Creo que son unos quinientos, pero sólo el teniente puede cobrar —explicó un aduanero, trayendo del interior de un cuarto las maletas de Arnold, que arrojó al suelo, a los pies de su dueño.

— ¿Porqué no son tan amables que le entregan a él el dinero? —preguntó Arnold, intuyendo adonde querían ir a parar aquellos tipos —. Como sólo tengo un billete de mil créditos…

—No tenemos cambio —apuntó uno, mirando con interés el dinero.

—E s igual. Ya pasaría en otra ocasión a recogerlo.

Los aduaneros entregaron a Arnold el recibo, y escondieron el billete. Le alargaron las maletas amablemente. Uno aseguró:

— Todo su equipaje está intacto, señor. El capitán del *Yundoi* nos recomendó que no lo revisáramos.

Arnold envió un silencioso agradecimiento al capitán. Se había portado bien con él. Seguramente, algunas botellas de vino evitaron que sus pertenencias fueran revueltas y robadas. Salió de la aduana, y se mezcló con la multitud que deambulaba o casi corría por el amplio vestíbulo. Se sintió súbitamente desamparado, mientras miraba de un

lado a otro, buscando la conocida figura de a Tony Torhan. Hacía dos meses que le había enviado el aviso, anunciando su llegada a bordo del *Yundoi.* Tony tenía que saberlo o, de lo contrario, le habría enviado un mensaje a Carhlu, o incluso a la nave, si él ya estaba de viaje. Temió que algo podía haberle ocurrido a su amigo.

Luego recordó el mensaje prioritario que el había transmitido desde el *Yundoi.* Lógicamente, debía considerar que el destinatario lo había recibido, aunque el encargado de comunicaciones le manifestara sus temores de que no sucediera así, teniendo en cuenta las deficiencias de las oficinas terrestres.

Arnold deambuló unos minutos, sin rumbo fijo. Las luces eran espaciadas en aquel lugar, y el ambiente estaba sobrecargado. Olía a sudor, humo de tabaco malo y comida rancia. Observó con curiosidad a la gente. Era la primera vez que podía estudiar a los terrestres. Era así en realidad porque cuando salió de la Tierra sus años eran escasos para darse cuenta de la tragedia de aquellos rostros serios y cansados.

Se alegró de vestir un traje vulgar, nada llamativo. Los terrestres no se caracterizaban por su elegancia. Los tejidos bastos de sus ropas, mal confeccionadas, e incluso viejas en muchos de ellos, componían un conjunto deprimente.

Supuso que la mayor parte de aquellas personas esperaban en el astropuerto el momento de embarcarse en alguna de las naves que deberían trasladarlos a los centros mineros de Marte o Venus, dispuestos a cumplir con sus contratos de trabajo en un ambiente pésimo, del cual muchos no volverían.

La Tierra tenía agotadas sus fuentes energéticas y mineras y tenían que ir a los otros planetas a proveerse de ellos. Venus y Marte nunca fueron lugares idóneos para una colonización. Tan sólo servían para ser saqueados. ¿Qué pasaría cuando sus minas empezasen a agotarse?

Arnold creció en Carhlu, pero nunca dejó de pensar en la Tierra. Al contrario de otros que tuvieron la suerte de huir como él, que pronto olvidaron su origen, como si se sintieran avergonzados de él, Arnold siempre quiso saber de la Tierra, conocer las motivaciones que habían convertido aquel planeta en un lugar plenamente desagradable para vivir, difícil de llegar a morir en él de viejo.

Se encontró frente a la entrada de una especie de restaurante. Miró a través de los cristales y vio que estaba casi lleno, pero tenía sed

y pensó que un café le confortaría.

Entró y encontró una pequeña mesa un tanto aislada de las demás. Puso las pequeñas maletas sobre una silla y se sentó en otra. Al rato se le acercó una camarera, que se limitó a hacerle un gesto para saber lo que deseaba.

—Café y algo de comer. ¿Qué tienen?

— ¿Qué vamos a tener? —le espetó ella, mostrando una sonrisa que más bien parecía una mueca—. Lo de siempre, encanto.

—Pues tráigalo —Arnold estaba cansado y sin el menor deseo de discutir.

—Son treinta.

— ¿Qué?

—Que son treinta. ¿Es que en tu barrio te cobran después de servir? ¿De dónde eres? —La camarera parecía cada vez más impaciente.

Sacó su monedero y puso en la mano de la mujer una moneda de veinte créditos y otra de diez. Como ella seguía esperando, añadió otra más de diez, confiando que aquello fuese suficiente propina.

La camarera tardó cerca de quince minutos en regresar, cuando Arnold empezaba a desconfiar en cuanto a su vuelta. Le dejó sobre la mesa un vaso humeante y algo parecido a un bizcocho cubierto con una mezcla oscura. Le dijo antes de alejarse:

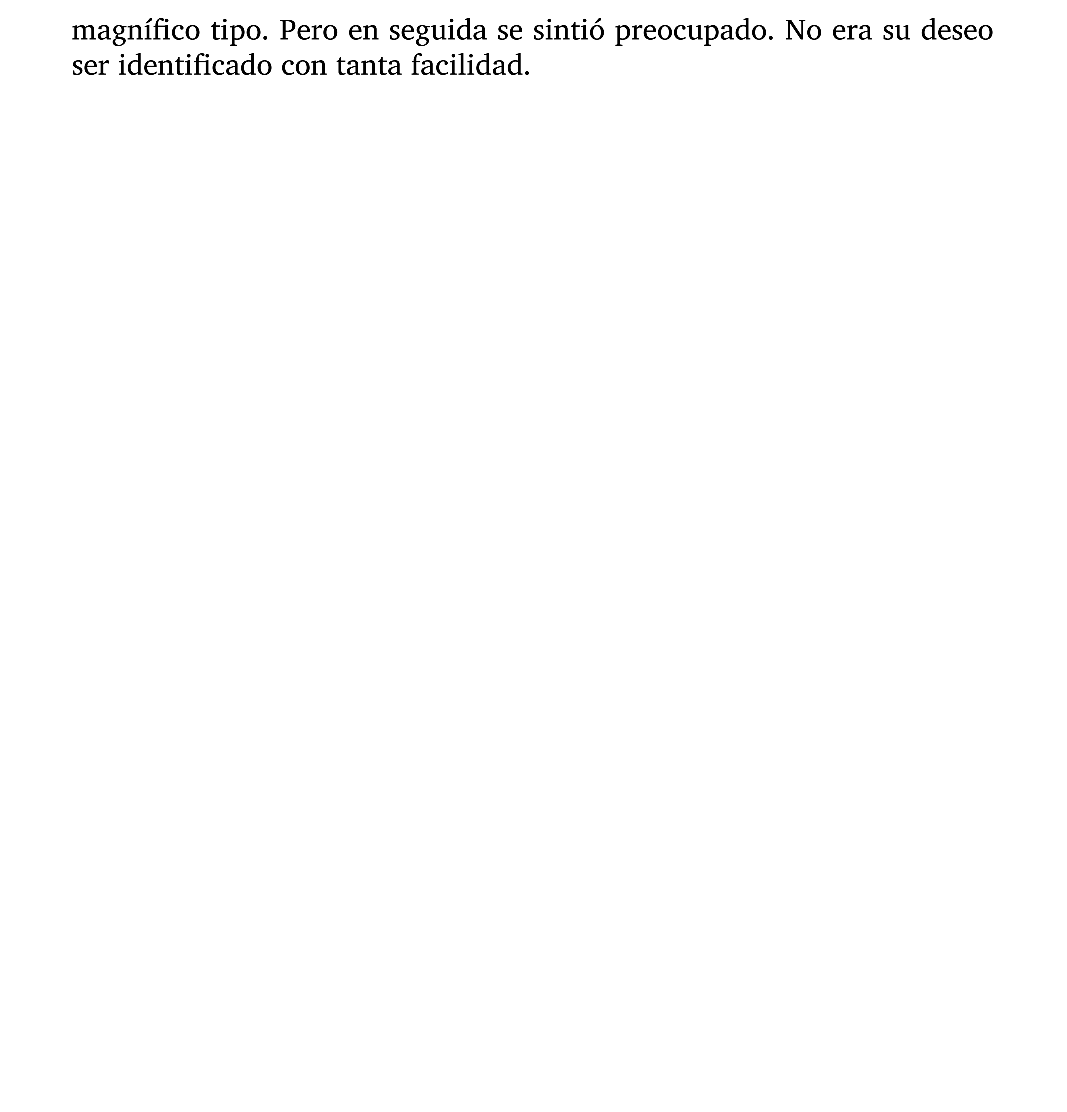
—El servicio tiene que ser entregado a la salida.

Arnold olió el café, lo probó e hizo una mueca de desagrado. Luego tentó la comida y la halló dura. Cogió un trozo y se atrevió a probarlo. No sabía a nada. Era totalmente insípido.

—Los ciudadanos de la Federación no tienen el estómago acostumbrado a la bazofia que comemos los terrestres —le dijo una voz cantarina y riendo con sorna a la vez.

Levantó la mirada y se encontró con una sonrisa que nunca hubiera creído posible encontrar en la Tierra, y mucho menos, aquel bello rostro. Pudo darse cuenta en seguida, pese al traje que la muchacha vestía y que en nada la favorecía, que debía tener un

magnífico tipo. Pero en seguida se sintió preocupado. No era su deseo ser identificado con tanta facilidad.



CAPÍTULO IV

—Oh, vamos, abandone ese gesto de preocupación —dijo la chica—. ¿Es que no me va a decir que me siente?

Arnold se limitó a bajar las maletas de la silla y colocarlas junto a sus piernas. La chica se sentó y apoyó los brazos sobre la mesa. Tomó la taza y sorbió un poco de café.

—Yo estoy acostumbrada. Y sería una lástima perder un desayuno. Aunque yo, en su lugar, hubiera comido en la nave, antes de desembarcar —añadió, cogiendo un gran trozo del bizcocho, que comió con deleite.

—En realidad, trataba de tomar algo antes de la cena —explicó Arnold.

—La verdad. Olvidaba que en los mundos de la Federación aún se siguen haciendo varias comidas al día. No le importa, ¿verdad?

—Claro que no. Puede comérselo todo. Pero, a cambio, dígame una cosa.

—Por una comida, puedo darle todo lo que quiera, ¿entiende? Todo.

—De momento dígame cómo sabe quién soy.

—Digamos que tengo amigos que me dicen con quiénes no voy a perder mí tiempo.

—Comprendo —asintió Arnold, recordando a los aduaneros. Seguramente, aquellos tipos debían haberle indicado a la chica, a cambio de una comisión anticipada. La volvió a mirar, y no encontró en ella ningún indicio que indicase su condición. Tal vez el hambre la impulsase a buscar clientes, desde no hacía mucho tiempo. No estaba muy pintada, y apenas tendría unos veintidós años. Sus gestos eran desenvueltos en cambio, segura de sí misma.

Ella dejó de comer y dijo:

—Me temo que no lo comprende del todo. Usted es un tipo raro en este ambiente.

— ¿Por qué?

—Le he estado mirando durante un buen rato, y le vi confundido. ¿Acaso está esperando a alguien?

—Pudiera ser.

—Entonces, olvídese de esa persona, si tenía que llegar desde el centro de la ciudad.

— ¿Por qué?

— ¿Es que no sabe preguntar nada más que por qué? Sepa que, desde hace unas horas, la entrada principal se cerró, y no dejan pasar a nadie. Sólo salir. Y todo porque ha llegado una nave del Consejo Galáctico, y esto está tan lleno de guardianes que apesta. Pero usted nada tiene que ver con esos tipos del Consejo.

— ¿Cómo está tan segura?

—Ha llegado en esa otra nave de la Federación. Además, los del Consejo aún no han desembarcado. Al parecer, ha ocurrido algo en la residencia que el embajador les tenía dispuesta.

Arnold miró a la muchacha muy asombrado.

—No es posible que usted sepa tanto. ¿O es que aquí las noticias corren demasiado aprisa?

—Mire, amigo; llevo varias horas dando vueltas por ahí y estoy cansada de escuchar rumores.

— ¿Tanto tiempo? Parece que hoy está mal el negocio…

—Sobra competencia y falta dinero. Y, aunque no lo crea, mi tarifa es alta. Mil créditos.

Arnold pensó que con aquel dinero sólo podía comprar en su planeta unas baratijas, pero en aquel lugar podía ser una buena suma. De pronto recordó algo.

—No me ha dicho cómo se llama.

— ¿Qué importa? Pero puede llamarme Iris. Pero será mejor que nos vayamos.

— ¿Irnos? —Arnold sintió deseos de reír—. Confórmate con haberte comido mi desayuno.

—Mira, no sé tu nombre y no me importa —Iris cogió una migaja del bizcocho y jugó con él, haciendo una bolita, que le arrojó a la cara—. Sin embargo, vendrás conmigo. Puedes elegir entre mi apartamento, el cual, o advierto, no es muy acogedor, o un cuarto decente en un hotel.

—Estás loca, si confías que te seguiré. No tengo el menor deseo de acabar con la cabeza abierta en un callejón o que encuentren mi cuerpo en el río. Será mejor que te vayas.

—Oh, no, encanto. Alquilaremos un coche que nos lleve a un hotel muy seguro. Es caro, pero en él dispondrás de verdaderas cerraduras en la puerta —Iris comenzó a dibujar una tenue sonrisa. Su seguridad y aplomo al hablar, heló la sangre de Arnold—. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Mucha gente.

—Pues te juro que casi la mitad de esas personas son ulters o simpatizantes de ellos. No sabes lo contentos que se sentirían si yo gritara que tú eres un ciudadano de la Federación, recién llegado. Incluso te confundirían con uno de los de la nave del Consejo.

Arnold se sintió en la cafetería como atrapado en una trampa. La atmósfera empezó a hacérsele irrespirable. Tomó sus maletas y dijo:

—De acuerdo. Sácame de aquí y llévame a ese hotel, pero asegúrate de que, desde allí, pueda hacer algunas llamadas.

—Seguro. Además, no estarás muy lejos de la Embajada. Vamos.

Salieron del local dando empujones, cruzaron el vestíbulo y alcanzaron las puertas de salida. Arnold sintió algunas veces como si unas manos extrañas tiraran de sus maletas. Iris agarró una y aligeró el paso, teniendo él que correr para alcanzarla ya fuera. Allí la cogió del brazo y recuperó su maleta.

— ¿Creías que te la iba a robar? No seas tonto. Yo tengo mi ética. Ven conmigo.

Arnold siguió a la chica. Miró hacia el horizonte y apenas pudo ver las siluetas confusas de la ciudad, en medio de una nube gris, que parecía crecer en ella. Empezó a buscar los coches de alquiler y sólo encontró un aparcamiento cerrado, con fuerte vigilancia en la entrada.

Iris se adelantó para hablar con los guardias y luego hizo una señal a Arnold para que entrase. Recorrieron varias filas de vehículos, casi todos ellos de viejos modelos, remendadas una y mil veces sus carrocerías. El color negro parecía ser el oficial.

La muchacha introdujo una llave en uno muy grande y con grandes abolladuras en el lado trasero derecho. Estaba sucio y Arnold dudó que aquel trasto se pusiese en marcha. Iris se situó ante el volante y pidió a Arnold las maletas, pero éste estaba indeciso.

— ¿Qué pasa ahora? No vamos a quedarnos aquí toda .la mañana...

—Eres una embustera. Dijiste que íbamos a alquilar un coche, nada de que tuvieses uno. Iris rió.

—No te cobraré nada por la carrera. Está incluida en el precio.

Arnold resopló y metió las maletas en el asiento trasero, sentándose al lado de la chiga. Iris puso el motor en marcha y arrancó en seguida, sorprendiendo a Arnold, quien no esperaba que aquel trasto tuviese tanta potencia.

—En unas dos horas, si hay suerte con el tráfico, llegaremos.

—Hay demasiada circulación —observó Arnold, cuando entraron en la autopista—. Creí que en la Tierra existían problemas de

energía.

—Claro que los hay. Quien puede poner en marcha su coche es un afortunado. Los yacimientos de petróleo están casi extinguidos. Por suerte, hace tiempo, se logró un motor que, con un litro, puede recorrer unos cientos de kilómetros. Si los antiguos hubieran hecho algo parecido, en lugar de despilfarrar el petróleo durante el siglo pasado, ahora no existirían estos problemas. Pero yo he tenido suerte, al conseguir este coche con una buena reserva.

— ¿Quieres decir que lo has robado?

—Sí. Pero no te preocupes. Nadie nos descubrirá. Lo dejaré cuando no pueda andar. Su dueño, si es rico, tendrá que comprarse otro.

—Además de embustera, resulta que eres una ladrona.

—No me ofendes. Para sobrevivir en la Tierra es prenso espabilarse, amigo. Y no creas que es fácil robar un coche. Todos están celosamente guardados. Pero el imbécil dueño de éste no contaba con mi habilidad.

Arnold miraba hacia delante. Los coches marchaban y juntos por aquella carretera, insuficiente a todas luces, a gran velocidad, empero. Varias veces se cruzaron con caravanas de coches pintados de rojo, que se abrían paso haciendo sonar sus sirenas.

Iris soltó una risa que, pese a todo, a Arnold le resultó agradable.

—Se dirigen al astropuerto. Seguro que los ulters están dando señales de vida. Tendrán que sacar al enviado del Consejo por el aire.

— ¿Qué pretenden los ulters?

—Muy sencillo. Si la Federación no quiere nada con nosotros, en reciprocidad, queremos que en la Tierra no exista nada que huela a Federación o Consejo Galáctico.

—Has dicho nosotros, como si tú fueras una ulter.

—No, pero simpatizo con sus ideas.

—Sin embargo, estás conmigo. ¿Por qué?

—Por mil cochinos créditos. Pero yo tengo otras ideas. Por

ejemplo, sé que tú no eres culpable de las decisiones del Consejo. ¿Sabes lo que quiere decir ulter?

—Sí. Tuve la curiosidad de averiguarlo en Carhlu. Son extremistas. La palabra ulter es una contracción de ultra terrestre. Ya existían cuando yo salí de la Tierra.

Arnold había dicho muy lentamente aquellas palabras, esperando la sorpresa en Iris. Al no ocurrir así, se sintió preocupado. La chica podía no haberse dado cuenta o ya sabía que él, además de ciudadano de la Federación, era uno de los escasos terrestres que habían podido escapar de la Tierra y obtenido la ciudadanía de Carhlu. Y tal vez, pensó, podía ser el único que había regresado, al cabo de muchos años.

Volvió a pensar en Tony Torhan, preguntándose qué le podía haber pasado para no haber ido al astropuerto a recogerle. Sentía impaciencia por llamarle a la Embajada o al apartamento que sabía que compartía con otros empleados, compañeros suyos. Apenas llegase al hotel, intentaría localizarle.

Varios kilómetros antes de entrar en la ciudad, Arnold veía a ambos lados de la carretera miles de míseras casas, construidas con chapas oxidadas y ladrillos usados, formando un cinturón de hambre alrededor de la populosa urbe. Cuando el coche aminoró un poco la marcha, debido a un cruce, pudo observar a aquellos habitantes, que se movían como fantasmas entre sus pobres casuchas. Los más cercanos a la vallada carretera miraban los coches y camiones con ojos vidriosos, como si pertenecieran a otro mundo.

Arnold cerró los ojos. El coche reanudó su alta velocidad.

—Es horrible.

Por un momento creyó descubrir en el irónico y bello rostro de Iris una sombra de pesar. Pero la sonrisa regresó en seguida a sus labios y replicó despectivamente:

—Son gentes que han perdido sus casas en los barrios más humildes porque se cayeron de puro viejas o no podían pagar los alquileres. Otras vienen de las aldeas y pueblos cercanos, en donde las autoridades no quieren acercarse y las bandas armadas imperan a sus anchas. Se dice que existe un plan para acabar con ese cinturón que cierra la ciudad, pero no sé cómo piensan arreglarlo. Son varios millones los que viven así. Darían su alma a cambio de poder vivir en los barrios Zeta.

— ¿Qué son esos barrios?

—No entres nunca en ellos. Antes, hazlo en las chabolas que ves. Los habitantes de los barrios Zeta son los marginados de la ciudad. Roban y matan a quien se atreve a entrar. Parecen disponer de un sexto sentido, que les indica la identidad de los extraños. El Gobierno, cuando se acuerda que también allí tiene que ejercer su autoridad, tiene que enviar sus tanques y tropas más aguerridas. A veces, se lucha durante varios días en las periferias de los barrios Zeta, cuando sus habitantes intentan ampliar su zona, atacando las casas cercanas, en las que se atreven a vivir ciudadanos con cierto respeto a las leyes. Se aguanta el empuje de los hombres Zeta durante algún tiempo, pero éstos terminan siempre adueñándose de las manzanas de casas que se han propuesto apropiarse.

— ¿Por qué lo hacen?

Iris se alzó de hombros.

—Es obvio, me parece. Ellos aumentan en número. No reciben luz ni agua. Apenas el Gobierno se preocupa de entregarles comida, a costa del presupuesto ciudadano. Algunos políticos basan su campaña electoral proponiendo que los barrios sean destruidos en su totalidad. Pero eso nunca ocurrirá. Así, cuando se precisa terreno para construir nuevas casas, se tienen que empujar a los desgraciados de los suburbios, que levantaron sus casas rebuscando entre las montañas de basura.

Arnold se volvió para abrir una de sus maletas y sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a Iris y ella asintió. Arnold se lo encendió y luego tomó otro para él.

No volvieron a hablar hasta que, después de recorrer durante una hora las atestadas calles de la ciudad, cruzando por barrios titulados como seguros, se detuvieron ante la entrada de un aparcamiento subterráneo.

—Tenemos que esperar que los vigilantes estén seguros de que somos clientes del hotel. Ahora nos observan. Es posible que esto sea suficiente para dejarnos entrar. En caso contrario, nos interrogarán por los micrófonos y exigirán una fianza.

Arnold rebuscó en su cartera y tendió a Iris un billete de mil créditos, que ella miró como si apestara. En aquel momento la puerta del aparcamiento empezó a abrirse.

—Puedes dejarme aquí, Iris.

— ¿Por qué haces esto? No me he ganado ese dinero aún.

—Para mí, es suficiente —Arnold introdujo el billete en el bolsillo de la chaqueta de ella y empezó a coger sus maletas. Entonces sintió que algo se apoyaba en sus riñones.

—Siéntate y no hagas tonterías. Te juro que dispararé, si intentas deshacerte de mí. Te inscribirás en el registro. No cometas la locura de decir que eres de la Federación. Pide la habitación 511.

Muy lentamente, Arnold volvió a sentarse. El coche bajaba por la rampa, guiado por Iris con una sola mano, mientras con la otra, muy baja, le apuntaba con una pequeña pistola. Cuando se detuvieron delante de un mostrador presidido por tres hombres, dos de ellos, armados, bajaron. Arnold tomó las maletas y vio, de soslayo, cómo Iris guardaba su arma en el bolsillo y se colocaba a su lado.

—Son doscientos créditos por día. Pago anticipado para una semana. Si están menos tiempo, no se les devuelve el dinero. —La voz del hombre sonaba mecánica, al explicar las condiciones—. Si no quiere decir su nombre, deberá abonar un ciento por ciento más.

—Deme la habitación 511 —pidió Arnold, entregando dos mil cien créditos.

Entonces el hombre posó la mirada sobre la pareja, y particularmente en Iris. Se mostró mucho más amable cuando entregó la llave.

—Tomen el ascensor número cuatro. Les dejará delante de la habitación —dijo.

Iris empujó a Arnold hasta el ascensor. El joven la estuvo estudiando. Pensaba que, posiblemente, podría desarmarla si actuaba con rapidez, aunque debía considerar que en aquella reducida cabina lo más probable era que recibiera algún disparo si la dejaba apretar el gatillo. Estaba casi seguro de poder utilizar su pistola porque Iris parecía creerle desarmado, pero no sentía el menor deseo de hacer daño alguno a la chica.

El ascensor se detuvo y delante de ellos estaba la puerta con el número 511 campeando. Iris indicó a Arnold que abriese, mientras ella vigilaba ambos extremos del corredor. Entraron y la muchacha encendió las luces, al tiempo que cerraba la puerta.

Dos hombres parecían estar aguardándoles. Uno de ellos, el más joven, saludó a Iris con familiaridad:

—Hola, Iris. Veo que todo salió bien. Trajiste al pájaro.

Arnold parpadeó y quedóse quieto cuando el otro hombre le registró. Vio volar su pistola por el aire y caer sobre un sillón. Entonces escuchó a Iris soltar un gemido de asombro. Ella, desde luego, no sabía que la tuviera.

CAPÍTULO V

Carlos abrió la puerta del despacho y dejó sobre la mesa de Tony la taza humeante.

—Vamos, esto te sentará bien —dijo.

Tony se restregó los ojos y miró el café. Encendió un cigarrillo y luego bebió un sorbo.

— ¿Alguna noticia de la policía?

Carlos se encogió de hombros.

—Ninguna. He llamado varias veces. La última pude ponerme en contacto con algún oficial menos malhumorado, que incluso se comportó amablemente cuando supo que le llamaban desde la Embajada. Al final me aconsejó que no perdiera más mi tiempo y no insistiese en saber dónde puede estar un ciudadano de la Federación llamado Arnold Farrar. Los últimos que le vieron, como ya sabes, fueron los aduaneros.

—Maldita sea. Si no hubiera sido por aquel condenado jaleo que me impidió entrar...

—Ese amigo tuyo no debió alejarse de la aduana. Al menos,

estaba seguro allí. ¿Por qué no te esperó?

— ¿Crees que una persona procedente de un mundo civilizado puede adaptarse tan rápidamente a la Tierra? Seguro que creyó estar aún en Carhlu y... No sé qué pudo hacer. Necesité más de dos horas para poder entrar, cuando el jaleo provocado por los ulters hubo acabado.

—Si el jefe no estuviera tan ocupado, con la llegada del comité del Consejo, te podría ayudar.

—Lo veo difícil. Incluso me parece que la policía disfruta, cuando sabe que nos encontramos en dificultades. Tendré que actuar yo por mi cuenta.

—Pues no sé cómo...

—Conozco un tipo. Ya le he mandado a buscar. Le espero ahora.

— ¿Un terrestre en la Embajada? El jefe pondrá el grito en el cielo, cuando se entere.

—No tiene que saber nada. Ahora está con el comisionado, visitando al gobernador. Los vigilantes de la entrada ya están avisados, y le conducirán a mi despacho —Tony emitió una sonrisa—. Además, no desearías que yo tuviese que ir a verle al mismo centro del barrio Zeta, ¿no?

Carlos frunció el ceño.

— ¿Quién es ese tipo?

—Le conocí una vez. Llevaba yo poco tiempo en la ciudad cuando una noche, de regreso a casa, entre la niebla, vi a un hombre, que parecía borracho, caminar sobre la acera. Entonces ignoraba que detener el coche en la noche era gritar que alguien le abriese la cabeza a uno para robarle. Pero yo me bajé y ayudé a aquel hombre. Estaba herido y aún sostenía una pistola enorme en sus manos. Creo que me hubiera disparado, si en aquel momento no hubiese perdido el conocimiento. Le subí y le conduje al hotel donde estaba parando entonces. Tenía un balazo en la pierna y había perdido mucha sangre. Le hice un torniquete y llamé al conserje para que buscase un médico. Por supuesto no me hizo el menor caso, pero en aquel momento el hombre despertó. Después de asegurarse de que yo no pretendía hacerle ningún daño, me dio una dirección telefónica. Me aseguró que sólo sus amigos podrían ayudarle. Así lo hice y a los pocos instantes,

llegaron unos tipos. Uno de ellos debía ser médico, puesto que le curó, dando muestras de ser gran conocedor en heridas de armas de fuego.

«Aquel hombre estuvo en mi habitación tres días. Casi me ordenó que, por mi bien, no dijese nada a nadie. Ya sabía que yo era de la Federación y recién llegado. Se rió mucho cuando lo supo y me aconsejó que otra vez no intentase socorrer a nadie, si no quería tener un desagradable tropiezo. Antes de marcharse, dijo llamarse Claus Thor, y me aseguró que no olvidaría nunca aquello.

— ¿Quién era, en realidad?

— ¿No te lo imaginas? Se trataba de uno de esos jefes de pandilla de los barrios Zeta. Cuando le encontré, huía de la policía. Su pandilla fue sorprendida al intentar asaltar unas residencias de millonarios. Claus es un tipo interesante. Después le volví a ver dos veces más. La segunda casi me morí del susto al encontrarle en una recepción del gobernador. Parecía un hombre rico, sin desentonar en medio de tantos personajes destacados de la ciudad. Me dijo que estaba estudiando y se despidió de mí con una risotada. Me recordó que aún estaba en deuda conmigo. Por eso le he llamado. Claus no quiere que yo vaya a su terreno. Dice que para él es muy fácil andar por las zonas vigiladas por la policía.

— ¿Es que esperas que él te ayude a localizar a Arnold Farrar?

—No estoy seguro, pero es la última posibilidad que me queda.

El comunicador de la mesa de Arnold emitió un zumbido y éste movió un conmutador. Una voz dijo:

—Su visita está entrando en la casa, señor Torhan.

—Gracias —dijo Torhan. Luego, volviéndose a Carlos, le dijo—: Por cierto, a Claus no le gustará verme acompañado.

—Está bien. Pero confío en que luego me lo contarás todo.

Carlos salía cuando un hombre se cruzaba con él. Le miró y anotó mentalmente sus características más acusadas. Tendría unos cuarenta años, era alto y fuerte, de mirada aguileña. Lucía una pequeña barba, bien cuidada y sus movimientos, al caminar, eran ágiles.

Tony se levantó y tendió su mano al recién llegado.

—Me alegro de que haya venido, Claus.

El hombre apretó la diestra de Tony con fuerza, mostrando una dentadura blanca y fuerte al sonreírle.

—He venido tan pronto como me dijeron que usted necesitaba de mí. ¿Qué ocurre?

—Anoche llegó al astropuerto un amigo mío a bordo de la nave *Yundoi,* procedente de Carhlu. Se llama Arnold Farrar y es ciudadano de la Federación aunque nació en la Tierra. Yo perdí dos horas en el astropuerto sin poder entrar, porque la policía había bloqueado las puertas, a causa de los incidentes que los ulters provocaron por la llegada de la Comisión del Consejo Galáctico. Cuando conseguí entrar, no encontré a mi amigo por ninguna parte.

Claus se sentó y se acarició la barba.

—Es poco corriente que un ciudadano de la Federación venga a la Tierra. ¿Acaso estaba destinado a la Embajada?

—No. En realidad, yo estaba en contacto con él desde hacía mucho tiempo. Cuando salí de Carhlu, Farrar me rogó que localizase en la Tierra a algún familiar suyo que aún viviese. La familia de Farrar intentó escapar de la Tierra en una de las naves de la Federación, durante la última revuelta. Sólo Arnold lo consiguió, pero él no estaba seguro de que los demás miembros muriesen. Siempre confió que alguien lograse volver a la ciudad.

Claus se mordió los labios.

—Recuerdo muy bien todo aquello. La Federación envió algunas naves, confiando en salvar algunos cientos de desdichados. Murieron muchos miles de personas, en las represiones. Creo que los que estaban cerca del astropuerto, perecieron todos.

—Algunos lograron regresar á la ciudad. Después de mucho tiempo, descubrí que un hermano de Farrar aún vivía.

— ¿Y qué quiere su amigo?

—Yo le avisé de mi descubrimiento. Por supuesto, nada había dicho a su hermano. Arnold me rogó que esperase a que él estuviese aquí para comunicarle a Raúl, que así se llama, que confiaba en sacarle de la Tierra y llevarle a Carhlu con él.

—Ese Arnold es tonto o un iluso —silabeó Claus—. Después de aquella fuga masiva, ningún terrestre ha conseguido salir de este asqueroso planeta, si no es a fuerza de mucho dinero, con influencias o jugándose la vida. ¿Tiene familia ese Raúl Farrar?

—No.

—Menos mal. Pero volvamos al asunto. Entonces, Arnold Farrar desapareció apenas desembarcó, ¿no es así? —Al asentir Torhan, Claus prosiguió—: Eso es lo más fácil que podía haberle ocurrido. Era un inocente corderito, en medio de una jauría de lobos. Seguro que su cuerpo está enterrado bajo un montón de basura.

—Me resisto a creerlo, Claus. Arnold sabía a lo que se enfrentaba en la Tierra.

— ¿Qué puede haberle pasado, entonces?

—Esto es lo que quiero que averigüe usted para mí.

Claus se balanceó sobre la silla, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Puedo averiguar que está muerto. Entonces, sería mejor olvidarlo todo. También pudiera ser que estuviera secuestrado, porque algún tipo listo supiera que era un ciudadano de la Federación y pensase que podía obtener algún rescate de él. Si es esto último, debemos tener paciencia y esperar noticias de los secuestradores, aunque, de todas formas, no debemos confiar en volver a verle vivo. Tony palideció.

—Tenía esperanzas de que usted pudiera ayudarme.

—Oh, y lo haré. La pierna que me hirieron me duele a veces Y entonces recuerdo que tengo una deuda pendiente con usted. Creo que ésta es una buena ocasión para que la saldemos, ¿no le parece?

Tony acompañó a Claus hasta la puerta, después que éste hubo tomado nota de algunos datos.

CAPÍTULO VI

El embajador Roylaw hubiera contestado de otra forma muy distinta al gobernador Tulau, de no haber recordado a tiempo que aún tenía que permanecer en la ciudad dos años más. Sabía que aún tenía que estar durante aquel largo tiempo en buenas relaciones con el hombre más poderoso del continente, y quizá de la Tierra.

Tulau era un hombre que había rebasado los cincuenta años, de baja estatura y corpulento, lo que aún le hacía aparentar ser más bajo. Se movía nerviosamente por la estancia, fumando incesantemente. Se detuvo y apuntó con su grueso cigarro a Roylaw, diciendo:

—No me satisfacen sus respuestas, embajador. Confiaba que usted iba a ser más explícito conmigo.

—El Enviado no tardará en llegar, señor gobernador —replicó pacientemente Roylaw—. Si De Martin puede decirle algo, lo sabrá usted pronto. No estoy capacitado para decirle nada. Es más, ignoro lo que usted desea saber. Lo siento. Sabe perfectamente que no he tenido tiempo de cambiar impresiones con el Enviado.

—Escuche, Roylaw —dijo Tulau, derrumbándose sobre un sillón, que gimió ante su peso—, estoy teniendo mucha paciencia con ustedes. Ya tengo bastantes problemas con protegerles a ustedes y su embajada, en las ocasiones en que los extremistas deciden atacarles o los exaltados integracionistas pretenden entablar conversaciones con la Federación o el Consejo Galáctico. Hemos consentido esta visita del Consejo porque queremos seguir manteniendo buenas relaciones con la Federación, pero no estoy dispuesto a consentir que sus actuaciones en la Tierra se mantengan al margen de nuestro conocimiento.

— ¿A qué se refiere?

—No sabíamos que ustedes alquilaron una finca destinada al Enviado y su séquito.

— ¿Teníamos la obligación de hacérselo saber, gobernador? ¿Qué importancia tiene?

—Los ulters sí se enteraron y la incendiaron —sonrió Tulau—. Ellos sospecharon que querían utilizar un sitio secreto para que el Enviado y algunos terrestres pudieran entrevistarse.

—Nosotros no teníamos la intención de ocultarles que alquilamos esa casa —protestó el embajador—. Lo reconocimos así tan pronto nos enteramos de su destrucción.

—Sólo entonces la reconocieron como su propiedad, es cierto. Y sólo entonces admitieron que el Enviado no iba a residir en la embajada. Pero yo sí pienso que el Enviado pernoctaría en la embajada, y que sólo habría ido a aquella casa a celebrar ciertas reuniones con algunos personajes terrestres.

—Es absurdo...

—Lamento interrumpirles, señores. No pude evitar escucharles —dijo una templada voz a sus espaldas.

Tulau se volvió, iracundo. Apenas pudo forzar una sonrisa.

—De todas formas, pensaba decírselo, Enviado De Martin. Aunque si prefiere una nota escrita de protesta...

— ¿Protesta? —De Martin mostró una perfecta dentadura al sonreír abiertamente. Parecía muy divertido—. ¿Es que el Gobierno de la Tierra está ofendido por algo que haya podido cometer algún miembro de la Federación? Que yo sepa, hasta el momento hemos sido nosotros los que hemos tenido que sufrir molestias. Primero destruyeron una finca que costó mucho dinero alquilar, y que, al parecer, su dueño piensa cobrarnos los desperfectos. Luego, la presencia en el astropuerto de elementos subversivos impidió nuestro desembarco, retrasándolo muchas horas. Y en todo caso no veo, por ninguna parte, alguna acción nuestra que sea motivo de reprobación por parte suya, gobernador.

—Recibimos un mensaje que decía proceder del centro coordinador de los Ultraterrestres, anunciándonos la destrucción de la casa que la embajada alquiló hace varios días, mucho antes de que nosotros supiéramos la llegada de la misión del Consejo. ¿Por qué se alquiló la casa y luego dijeron que ustedes llegaban a la Tierra? Sabemos que la fecha del contrato tiene una anterioridad de veinte días antes de recibir en mi despacho el aviso de la llegada de la misión

y la solicitud de permiso. Les aseguro que, de haber tenido noticias de sus maniobras, lo hubiera pensado antes de darles el visado.

— ¿Por alquilar una casa? No veo suficiente motivo.

—Los ulters se mueven y averiguan cosas interesantes. También nos dijeron, en el comunicado, que interceptaron un mensaje destinado a un terrestre.

De Martin arrugó el ceño.

—Creo que cada vez le entiendo menos, gobernador.

—Es posible —dijo Tulau, levantándose y cogiendo su sombrero. Se dirigió a la salida del despacho del embajador y dijo desde allí—: De todas formas, desearía saber con la suficiente antelación cuándo cualquier miembro de la comisión del Consejo decida ir a un lado u otro de la ciudad. He dispuesto a mis tropas para que impidan cualquier tipo de manifestación cerca de la embajada. La situación está seria, y no me responsabilizo de lo que pudiera pasarles si desobedecen mis instrucciones.

—Entonces, ¿debemos considerar que sólo desea protegernos y no ejercer sobre nuestras personas una vigilancia? —preguntó De Martin.

—Me es igual lo que piensen. Voy a solicitar una reunión de los demás gobernadores que formamos el mando. Es posible que dentro de poco conozcan una decisión nuestra.

—Magnífico. Nos volveremos a ver entonces.

— ¿Cuánto tiempo piensa permanecer en la ciudad?

—No sé exactamente. Calculemos que unos quince días.

— ¿Tanto le agrada este lugar? —sonrió el gobernador.

Luego cerró la puerta tras sí.

Roylaw miró al jefe de la comisión.

—Él gobernador Tulau es quien realmente gobierna en la Tierra. El viejo presidente sólo hace lo que él quiere. Y todos los demás gobernadores no se atreven a contradecirle.

—Lo sé. Pero Tulau ignora los verdaderos motivos de mi

presencia en la Tierra. Cuando los sepa, no seguirá mostrándose tan altanero. Tal vez él únicamente piense que mi visita es rutinaria.

— ¿No es así?

—El Consejo Galáctico ha tomado determinaciones, señor Roylaw. La actual situación de la Tierra no puede prolongarse por más tiempo.

—Creí que para darse cuenta había que vivir en la Tierra. Es sorprendente cómo ustedes desde las delicias de nuestros mundos, han podido llegar a tal conclusión.

—Esta vez el gobierno de la Tierra tendrá que hacernos caso. La Federación, por consejo nuestro, está dispuesta a suspender la ayuda que estamos brindando a este mundo.

— ¿Ayuda? ¿Qué clase de ayuda?

De Martin sonrió ampliamente.

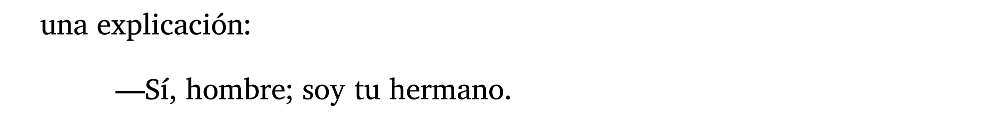
—En breve se sorprenderá de muchas cosas, embajador.

* * *

Cuando Arnold Farrar abrió los ojos, la potente luz le obligó a cerrarlos fuertemente. Sintió que estaba acostado sobre una cama bastante dura, y se esforzó por dominar las náuseas. Unas manos le ayudaron a sentarse y alguien le acercó un vaso a los labios, diciéndole:

—Bebe esto y en seguida te sentirás bien.

Tragó aquel líquido dulzón. Miró a su alrededor y vio a Iris primero, sentada cerca de él. Junto a ella estaban los dos hombres que conociera al entrar en la habitación. Entonces recordó que tan pronto le desarmaron, uno de ellos le inyectó una droga en la espalda que le hizo dormir en unos segundos. No podía calcular el tiempo que había permanecido inconsciente. Quiso mirar el reloj y tropezó con el rostro del hombre que le había ayudado a incorporarse de la cama. Abrió la boca porque aquella cara le resultaba tan familiar que estaba a punto de gritar un nombre, cuando le fue ofrecida una sonrisa precediendo



una explicación:

—Sí, hombre; soy tu hermano.

— ¿Raúl? ¿Cómo estás aquí?

—Es muy largo de contar.

Arnold parpadeó varias veces. Se sentía un poco ridículo. Siempre había imaginado que su primer encuentro con Raúl se produciría de forma muy distinta a aquélla. El momento carecía de todo tipo de emoción que siempre presumió ocurriría.

—Debes estar hambriento. Ven. Te hemos preparado algo de comida. No será como la que estás acostumbrado, pero te aseguro que no morirás envenenado.

Raúl le tomó del brazo y le condujo a la habitación contigua. Era la primera que vio Arnold cuando fue drogado. En una mesa había unos recipientes con comida y una botella de vino. Raúl le dijo que se sentara. Sólo Iris les acompañó. Los otros dos hombres se quedaron en la otra estancia.

—Puedes comer —dijo Raúl, al ver el gesto de aprensión de Arnold—. Te juro que es comida sencilla. El sabor no es muy encantador, pero está debidamente tratada para alimentar.

Iris se sentó entre ellos y descubrió los plásticos que tapaban los alimentos. Arnold tomó la cuchara y probó un poco de aquella especie de papilla. Sabía a pescado y le resultaba algo salada. Se ayudó con el vino, muy flojo, para ingerirla.

— ¿A qué viene todo esto, Raúl?

— ¿A qué te refieres?

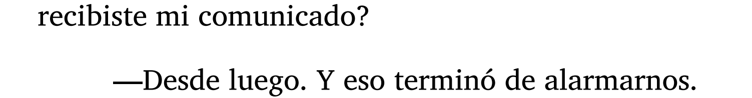
Arnold señaló a Iris.

—Ella montó una comedia para traerme hasta aquí. Luego me hicieron dormir. ¿Por qué?

—Teníamos que estar seguros de que eras tú, mi hermano, y no otra persona.

Arnold dejó de comer. Estaba un poco furioso.

— ¿Qué demonios pasa aquí? Te avisé que vendría... ¿No


recibiste mi comunicado?

—Desde luego. Y eso terminó de alarmarnos.

—No entiendo.

—Mira, Arnold, estoy muy contento de volver a verte. No sabía de ti nada desde que nos separaron en el astropuerto aquel maldito día. Siempre pensé que estabas a salvo en algún mundo de la Federación, lejos de este infierno. Después de tantos años me informan que un tipo está investigando mi vida, hasta saber dónde tengo mi domicilio. No pudimos cogerle, aunque lo intentamos. Temimos que se tratase de algún agente secreto del Gobierno, y tuve que trasladarme. Empezamos a olvidarnos del asunto cuando recibimos un mensaje procedente del espacio exterior, en el que me decías que querías reunirte conmigo. Lo firmaba mi hermano.

— ¿Y qué? Eso debió alegrarte, ¿no?

—Todo lo contrario.

— ¿Por qué?

—Temimos que fuera una artimaña del Gobierno o de los ulters. Hasta que nos enteramos de que alguien investigaba mi vida, yo era un vulgar ciudadano que todas las mañanas tenía que enfrentarse con los problemas de todo el mundo. Creímos que mis actividades habían sido descubiertas, y la hipotética llegada de un hermano mío era una trampa.

—Cada vez lo entiendo menos. ¿Qué eres tú, en realidad?

Raúl se encogió de hombros.

—Bueno, sé que puedo tener confianza en ti porque durante varias horas y gracias a las drogas que te suministramos, nos has contado todo lo que queríamos saber de ti. Además, analizamos tu sangre, aparte de otras técnicas utilizadas en tus documentos para asegurarnos que decías la verdad.

—Sois muy precavidos.

—No tenemos más remedio. No te ofendas.

—Aún no me has dado ninguna explicación.

—Tu hermano es nuestro jefe, Arnold —dijo Iris.

— ¿Jefe de qué?

—Formamos una organización secreta que lucha por sacar a la Tierra del caos en que está sumergida.

—Pensé que después de la última revuelta era ya imposible ningún tipo de subversión.

—Es posible que ahora seamos más fuertes que antes. Al menos, aprendimos bien la lección. Entonces quisimos luchar solos y fuimos aplastados sangrientamente. Fueron millones los muertos en aquellas fechas. Ahora somos más precavidos.

— ¿Qué intentáis hacer? —preguntó Arnold—. ¿Es que existe alguna posibilidad de salvación? Todo el mundo está seguro de que el proceso de autoaniquilamiento del planeta es irreversible.

—No es así —afirmó Raúl—. Aún existen posibilidades de salvar la Tierra. La contaminación puede ser detenida y la tierra regenerada, el aire purificado y las ciudades saneadas. Aún puede hacerse.

—Entonces, no comprendo... ¿Acaso el Gobierno no lo sabe?

—Claro que sí. Pero no desea que la situación cambie.

Arnold había leído todo lo existente en Carhlu, acerca de los problemas ecológicos de la Tierra. Casi ningún científico de la Federación tenía la menor confianza en la salvación de la Tierra. A lo sumo, la desesperante situación podría prolongarse algunas décadas, no más. Pero al final, inevitablemente, la vida cesaría en el planeta. El suicidio no podría ser detenido.

—Debes conocer cuáles son mis intenciones, Raúl —dijo lentamente Arnold—. Todo lo tengo preparado. Una nave llegará al astropuerto, dentro de tres semanas. Su destino es Carhlu. En su lista de pasajeros figurará un nombre inventado, que tú deberás ocupar. El capitán es amigo mío y sabe lo que tiene que hacer para que tú puedas burlar el cordón de vigilancia de la policía e introducirte conmigo.

—Sí, eso también lo supimos, hermano. Te agradezco todo lo que has querido hacer por mí. Pero es inútil. No tengo la menor intención de abandonar la lucha.

Arnold miró con recelo a Iris.

— ¿Quién te lo impide?

—Nadie. Pero tengo mis deberes. Además, ahora estamos a punto de conseguir lo que siempre hemos estado esperando. Casi al mismo tiempo que la nave que te trajo, llegó otra fletada por el Consejo Galáctico. A bordo llegó "una comisión, presidida por el enviado De Martin, quien es portador de instrucciones concisas de la Federación. Después de muchos esfuerzos, conseguimos ponernos en contacto con el Consejo. Ellos ignoraban muchas cosas que el Gobierno de la Tierra siempre intentó mantener en secreto. Ahora lo saben todo, y la Federación, por una vez, ha abandonado su postura pasiva ante los acontecimientos de la Tierra y está decidida a prestar una ayuda más plena y definitiva. El gobernador de esta ciudad, que es quien en realidad dicta en la Tierra, se llevará ciertas sorpresas cuando el enviado De Martin le exponga los motivos de su llegada. Por el momento, Tulau no sospecha nada. Cree que todo esto se limita a una visita de rutina.

»Sin embargo, Arnold, los terrestres Ulters, me temo, están más cerca de la verdad que el Gobierno. Su organización es grande y efectiva. Se extienden por todas las grandes urbes del planeta. Sus miembros pertenecen a la clase alta que no desea cambiar el sistema porque aún gozan de privilegios. Viven en barrios aún decentes y comen bien. Odian a la Federación, y sólo desean aprovecharse de la masiva ayuda que ésta presta a la Tierra.

—Ignoraba que la Federación prestase ayuda a la Tierra...

—Eso lo saben muy pocas gentes. Incluso en la Federación lo ignoran. Sólo los altos cargos y el Consejo Galáctico lo saben. Miles de toneladas de alimentos, vestidos y medicinas llegan mensualmente a la Tierra. Pero esta mercancía sólo es consumida por un selecto grupo que luego se encarga de distribuir las sobras a las fuerzas de choque de los ulters. Durante años, llegaron fertilizantes y equipos depuradores de agua para la recuperación de las tierras de cultivo, pero los gobernantes terrestres dedicaron estos esfuerzos a redoblar sus comodidades. Deberías conocer cómo viven algunos terrestres, mientras barrios enteros de todas las ciudades del mundo están atiborrados de seres humanos que mueren de hambre, son comidos por las ratas, fallecen a causa de las epidemias o por el fuego de los constantes incendios que nadie se preocupa de apagar. Los bomberos a veces se inhiben porque saben que estos incendios han sido provocados, bien por los ulters o las autoridades. Los motivos son variados. A veces se pretende purificar algún sector, acortar alguna subversión o acabar con una enfermedad; este sistema resulta más barato y rápido que emplear los medicamentos que la Federación envía. —Es horrible...

—Aún llevas poco tiempo en la Tierra. Te queda mucho por lo que horrorizarte. Así, cuando el mensaje enviado desde la nave *Yundoi* fue recibido en mi antiguo domicilio, por un agente mío, nos pusimos en acción. Iris se encargó de atraerte hasta este hotel, que es un cuartel de nuestra organización. Para impedir que nadie fuera a recogerte al astropuerto, aprovechamos la presencia de los ulters que protestaban por la llegada de la nave del Consejo, y los ayudamos sin que ellos lo supieran, a organizar un buen jaleo, que bloqueó la entrada. Así tuvimos tiempo de actuar.

—Tengo que ponerme en contacto cuanto antes con Tony Thorhan —dijo Arnold, frunciendo el ceño.

— ¿Quién es ése?

—Es un buen amigo mío. En realidad, fue Tony quien estuvo indagando en tu vida, lo que tanto te alarmó. Yo le esperaba en el astropuerto. Me sentí desconcertado cuando no le vi. Entonces tropecé con Iris —sonrió a la muchacha.

— ¿Quién es Tony Torhan?

—Trabaja en la embajada, y le costó muchos meses de trabajo dar contigo. Estará preocupado por mí.

Raúl entornó los ojos. Una sonrisa de satisfacción empezó a dibujarse en sus labios. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Creo que vamos a tener suerte, hermano. El comisionado De Martin había dado instrucciones al embajador para que buscase una casa discreta, donde yo pudiera entrevistarme con él. Pero debió existir una filtración, y los ulters se enteraron de que Roylaw alquiló una finca en el barrio seguro, muy bien defendida, con altos muros y eficaces sistemas para los ladrones. Los ulters la incendiaron hace dos noches, y ahora estamos sin saber qué hacer. Yo necesito entrevistarme con el Enviado De Martin, cuanto antes.

— ¿Es que no puedes ir a la embajada?

Raúl negó con la cabeza.

—Sería una locura. Los ulters la vigilan. Conocen a todos los hombres de la Federación que entran y salen de ella. Si un terrestre hiciera acto de presencia allí, lo sabrían y lo matarían cuando saliera, después de hablar con De Martin. Sospechamos que alguien que trabaja allí, algún terrestre empleado, es un espía de los ulters. Tal vez

sea alguno de los recepcionistas. Todos ellos son terrestres. Los sindicatos obligaron al embajador a emplearlos bajo instrucciones del mando ulter.

— ¿Qué se te ha ocurrido?

—Sería muy normal que Arnold Farrar entrase en la embajada para pedir ayuda a su amigo Tony Tornan. Entonces sí podríamos saber las intenciones concretas y planes de acción que trae De Martin.

Arnold movió la cabeza.

—Yo no podría hacer eso. No sabría qué decirle a De Martin. Podría complicaros las cosas. Además, el Enviado desconfiaría de mí.

—No .es necesario, Arnold. Yo iría en tu lugar. Los ulters no me conocen, ninguno. Los vigilantes que prestan servicio en la entrada no sospecharían, si yo les digo que soy un ciudadano de la Federación.

—Entonces deberé prevenir a Tony para que no se sorprenda.

—Nada de eso. Los sistemas de comunicación con la embajada están intervenidos por el Gobierno y los ulters. Únicamente los mensajes con el espacio exterior son incontrolables.

— ¿Estás seguro de que tus enemigos ejercen sobre la embajada una vigilancia tan eficaz?

—Seguro, hermano —asintió Raúl—. Sabemos que esta mañana se sintieron muy intrigados cuando Claus Thor entró en la embajada. Sabemos que se entrevistó con un ejecutivo, durante un rato. Nosotros hemos sacado nuestras conclusiones de esa visita. Antes eran oscuras, pero ahora, después de lo que nos has dicho, estamos seguros de que ha sido tu amigo Tony Torhan quien llamó a Thor.

— ¿Para qué?

—Torhan debe estar muy desesperado, ante tu desaparición. El es un buen amigo de Thor porque en una ocasión le salvó la vida y ahora quiere cobrarse el favor pidiéndole a Thor que te encuentre.

—Ese Thor debe ser un personaje.

—En cierta forma, sí. Es un jefe de los barrios bajos y muy respetado incluso por los ulters, porque gobierna sobre una de las bandas más numerosas de la ciudad.

— ¿Puede eso traerte complicaciones? Raúl se encogió de hombros.

—No creo. Yo conozco a Thor, pero él no sabe quién es el jefe de mi organización. Sabe que existimos y nos deja en paz porque nuestras actividades son compatibles. La banda de Thor no entorpece a los ulters, y éstos tampoco intervienen en las rapiñas de los hombres de Thor.

—Al parecer, existe un amplio pacto.

—Sí, algo parecido.

—Está bien, Raúl —suspiró Arnold—. Veo que he hecho un largo viaje para sacarte de este planeta, sin resultado alguno. Comprendo tus razones y no deseo insistir porque sería inútil. Al menos, procuraré ayudarte el tiempo que permaneceré en la ciudad. Cuenta con mi ayuda.

—Gracias. Sólo será cuestión de un día. Luego podrás regresar a la embajada o adonde Torhan te diga y esperar el momento de volver a Carhlu. Le diré a tu amigo que estás bien.

—Te daré una nota para que te crea.

—No. No quiero llevar encima ningún documento comprometedor. Torhan tendrá que creerme.

CAPÍTULO VII

Aquella noche, Arnold durmió poco. Estuvo hasta muy tarde conversando con Raúl. Tenían mucho que contarse. Iris no se separó de ellos hasta que se retiraron a dormir, y Arnold la observó detenidamente y con cierta ansiedad. Iris tenía habitación aparte. Si ella tenía alguna relación sentimental con su hermano, no hizo nada aquella noche que lo demostrase. Luego, Raúl se tumbó en una cama junto a la suya en la misma habitación. Acostados, siguieron charlando, mientras fumaban el último cigarrillo.

Raúl contó, a grandes trazos, su vida desde que los acontecimientos ocurridos, veinte años antes, los separaron en las cercanías del astropuerto. Casi todos los dirigentes de la revuelta murieron aquel día o fueron capturados más tarde. Fue el último intento serio de derribar el sistema gubernamental que estaba conduciendo el mundo al caos. Raúl pudo escapar gracias a su corta edad. Unos amigos de los padres le recogieron y le llevaron a vivir con ellos. Fueron años duros los que siguieron, pero se logró superar la etapa tan dura a que la ciudad estuvo sometida.

Pero los antiguos insurgentes volvieron a reunirse. La dura experiencia sufrida les hizo más cautos y evitaron cometer los mismos errores que casi aniquilaron la organización. Lentamente, Raúl fue escalando puestos, y desde hacía menos de dos años, era el cerebro

dirigente. Todas las ramificaciones le obedecían, aunque existía un grupo consultivo.

—Esto debes haberlo aprendido en Carhlu, Arnold, si has tenido el interés que me aseguras por las cosas. de nuestro mundo —dijo Raúl, poco antes de dormir, cuando el sueño ya comenzaba a vencerles—. Cuando el hombre alcanzó la Luna, el sistema mundial se deterioraba a pasos agigantados. A pesar de todo, se alcanzaron las estrellas más pronto de lo que se suponía, y comenzó la emigración masiva. Pero el crecimiento demográfico no se contuvo y vinieron las guerras que aniquilaron un gran número de seres y, en mayor proporción, los medios de supervivencia. La escasez energética se hizo intolerable y ya todo el mundo miraba hacia las estrellas con la esperanza de poder escapar a ellas del ambiente cada vez más duro en que tenían que vivir. Pero los viajes por el espacio se hacían difíciles, por la escasez de medios.

«Mientras tanto, en las colonias estelares, el hombre se organizaba mucho mejor que sus hermanos terrestres y, después de unos años de titubeos, se lanzaron a un avance técnico impresionante. Disponían de medios fabulosos para construir una sociedad más justa y feliz. Se formó la Federación, y el Consejo Galáctico solicitó a los gobiernos terrestres que se unieran a ellos. El plan era sencillo, conveniente para todos. Los mundos de la Federación apenas estaban poblados, y podían albergar, sin notarlo, a toda la población de la Tierra, o al menos a su mayor parte. Entonces los que quedasen podrían, con la ayuda de la Federación, hacer que la Tierra recobrase su pureza de ambiente. Pero para ello tenían que acatar las reglas de juego que imponía el Consejo y que la Tierra, orgullosa, rechazó. En realidad, la población no se enteró de la propuesta porque los gobernantes ocultaron la noticia al pueblo. No querían perder sus privilegios, convertirse en unos ciudadanos vulgares. Sacrificaron el bienestar general a cambio de conservar su poder. No les importaron el hambre y las epidemias que sufrían los terrestres porque ellos no carecían de nada en sus recintos defendidos por mercenarios armados, respirando aire puro y comiendo lo que aun con escasez se podía producir por medios naturales.

»Pero la propuesta de la Federación llegó a los oídos de un sector del pueblo, y comenzó la agitación. Los terrestres volvieron a desear escapar del infierno en que se había convertido la Tierra. Algunos veían aterrizar las naves de la Federación, cargadas con mercancías destinadas al pueblo, pero que los dirigentes se reservaban para ellos y sus más allegados sicarios.

»Se formaron comités para obligar al Gobierno a rectificar y aceptar la ayuda de nuestros hermanos de las estrellas; pero todo resultó inútil. Entonces los jefes dictaron sus normas para pasar a la fuerza, derrocar a los gobernadores. Creo que se precipitaron un poco. Estaban impacientes. Si hubieran esperado un poco más, su posición» habría sido más fuerte y las posibilidades de triunfar hubiesen aumentado. Pero la organización era débil y las filtraciones pronto llegaron a los oídos de los gobernadores. Días antes de estallar la revuelta, los soldados rodearon los barrios rebeldes y los bombardearon. Miles de insurgentes intentaron escapar y abordaron los astropuertos con la intención de conseguir llegar hasta las naves de la Federación. Pero eso ya lo sabes mejor, Arnold.

«Pensamos que ahora puede ser distinto. La situación ha empeorado y nuestra organización es más fuerte, más sólida. Tenemos mejores proyectos porque contamos con el apoyo decidido de la Federación y el Consejo. Logramos ponernos en contacto con ellos y definir el esbozo de un plan para forzar al Gobierno Central Terrestre a claudicar, sin derramamiento de sangre. Sólo saldremos a la luz del día en el momento preciso. Para eso llegó el Enviado De Martin. El gobernador de esta región y ciudad, Tulau, nada sabe aún. Únicamente tenemos un enemigo más al que vencer: los ultraterrestres. Como debes saber, se trata de una organización compuesta de fanáticos, que sueña con el resurgir de la Tierra. Su programa incluye un rearme y construcción de una flota estelar, que lleve la guerra a los planetas de la Federación, a los que consideran traidores, desde el momento que rompieron su subordinación a la Tierra e intentaron imponer sus condiciones. Son tan peligrosos o más que las fuerzas gubernamentales porque actúan con más violencia, si cabe, que los policías y soldados mercenarios.

»Es posible que mañana terminemos de concretar con el Enviado De Martin los últimos detalles acerca de nuestro plan de acción. Tengo que reconocer que tu llegada ha sido providencial...

Raúl miró hacia Arnold, y sonrió al verle dormir. Se levantó para apagar la luz y regresó a su cama, deseándole, en silencio, las buenas noches.

* * *

Arnold despertó y lo primero que descubrió fue la ausencia de su hermano. Saltó de la cama y abrió la puerta que daba al corredor. Cuando se atrevió a mirar en la habitación de Iris la encontró también vacía. Al regresar a su cuarto, la vio entrar con una bandeja en la mano.

—Buenos días, Arnold. Si tienes apetito, te he traído un poco de algo parecido al café y pan sintético. La margarina no sabe muy mal estos días —sonrió Iris, dejando sobre una mesa la bandeja—. La hemos conocido peor en otras fechas;

— ¿Y Raúl?

—Se marchó hace seis horas.

— ¿Tanto he dormido?

—Son las cinco de la tarde. No te preocupes. Debías estar muy cansado.

Arnold se restregó sus soñolientos ojos.

—Entonces, Raúl se retrasa...

—No todavía. La verdad es que estamos muy lejos de la embajada. Para llegar a ella habrá necesitado Raúl unas tres horas. Y tenía la intención de rendir cuentas al grupo consultivo, después de la entrevista con De Martin. Además, varios de nuestros hombres le esperan por los alrededores. Si sucediera algo, nos enteraríamos en seguida.

Arnold comenzó a comer y procuró no hacer ningún gesto de desagrado ante aquella agua caliente y negra que Iris había llamado café. El pan era duro, y la margarina tenía un sabor ligeramente a rancio.

—Estoy deseando tomarme un buen baño.

—Ni lo sueñes —sonrió Iris—. El agua es escasa. Tendrás que arreglarte con una poca, y lavarte con paciencia. Tampoco debes desperdiciar el jabón. Yo te daré del mío.

—No se me ocurrió traerme nada de eso. ¿Y mi equipaje? Al menos me cambiaré de ropas.

—No te extrañes si te digo que encontrarás un traje de menos.

Raúl tomó uno, además de tu documentación. Los muchachos la arreglaron anoche para que pareciera de tu hermano. Pero cuando te la devuelva Raúl, te la volverán a dejar arreglada.

—Aún no sé en qué sitio nos encontramos.

—Es uno de nuestros más seguros refugios. Este edificio es nuestro, y desde hace muchos años, figura como un hotel totalmente seguro. La organización ocupa toda esta planta y las dos inferiores. Ocasionalmente, dejamos que algunos huéspedes ocupen habitaciones porque tenemos que seguir cubriendo las apariencias, pero nunca permitimos que más de veinte extraños pernocten. Es la primera vez que vengo, y Raúl pocas veces lo utiliza. Son los enlaces de las ciudades del continente quienes se concentran aquí para rendir cuentas al comité de consulta.

Arnold miró fijamente a Iris, quien desde que se despojó de su maquillaje, le parecía más joven y bonita.

— ¿Cómo entraste en la organización? Súbitamente, el rostro de la muchacha se ensombreció.

—Hace dos años mataron a mi marido. Apenas llevábamos casados un mes cuando en una manifestación para protestar por la falta de abastecimientos en el barrio, cayó bajo las ruedas de los camiones de los soldados. Tu hermano me salvó justo a tiempo, arrancándome del cuerpo destrozado de mi marido cuando otro camión corría hacia nosotros. Conocí la organización y decidí quedarme.

Hizo un gesto de cansancio y agregó:

—Ya ves, una historia vulgar. Al principio no comprendía nada, pero Raúl tuvo la paciencia de ir ensenándome. Ahora creo firmemente en nuestras ideas. Mi vida vale para algo. Los días posteriores a la muerte de mi marido sólo sentía deseos de morir. Raúl consiguió devolverme los ánimos.

— ¿Significáis algo el uno para el otro sentimentalmente?

Iris sonrió.

—Si te refieres a si nos queremos, no. Puede parecer inverosímil, pero tan sólo nos une una buena amistad. ¿Por qué lo preguntas?

Arnold replicó directamente:

—Hubiera considerado una traición proponer a la compañera de mi hermano que ocupe ella el lugar en la nave donde le tenía reservado un lugar.

Iris abrió mucho los ojos.

— ¿Me propones que vaya contigo a Carhlu?

—Así es.

—Me gustaría, lo reconozco.

— ¿Quieres decir que no vendrás? ¿Te lo impide alguien?

—Nadie. Incluso Raúl se alegraría. Pero tengo que pensarlo.

—Me darías una gran alegría.

— ¿Por qué? ¿Me lo has propuesto porque únicamente deseas hacer una obra de caridad? ¿Para no sentirte frustrado del todo al no poderte llevar a Raúl?

—En el astropuerto sentí pena hacia ti, al pensar que te dedicabas al oficio que simulabas. Incluso entonces me gustaste. Ahora creo que te amo... No, estoy seguro.

Iris soltó una carcajada, que no era divertida, sino cargada de tristeza.

—No puedo creerlo. En Carhlu deben haber miles de chicas más atractivas que yo, con mejor educación, estudios...

Arnold se la acercó y la beso. Sintió los labios de Iris temblar, confundida. Pero en seguida ella correspondió, abrazándole con fuerza, agitándose entre los brazos del hombre.

—Vendrás conmigo —dijo Arnold—. Aunque tenga que arrastrarte.

Iris abrió la boca para responderle, cuando oyeron una serie de secas detonaciones.

Arnold se volvió hacia la puerta, como impelido por un resorte. Iris corrió hacia un mueble, y sacó dos pistolas y un lanzador, que rápidamente se colocó en la muñeca.

— ¿Sabes usarla? —preguntó, entregando un arma a Arnold,

quien asintió, después de estudiar el modelo.

Hubiera preferido encontrarse con la que le regalara el oficial del *Yundoi,* de todas formas.

— ¿Qué sucede?

Entonces la puerta se abrió, y uno de los hombres que Arnold viera la primera vez que entró en el apartamento llegó vacilante. Vieron que el hombro derecho estaba lleno de sangre, y el brazo lo llevaba colgando. En la otra mano portaba un enorme fusil, que dejó caer al suelo para agarrarse la herida.

— ¡Doc! —gritó Iris, ayudándole a sentarse en una silla cercana —. ¿Por qué no ha sonado la alarma?

—Son los ulters —masculló el llamado Doc, haciendo una mueca de dolor—. Anularon las alarmas, apenas consiguieron entrar en los aparcamientos. Mataron a todos los recepcionistas, y ahora están subiendo a los pisos. Algunos de los nuestros tratan de contenerlos, pero estuvieron usando sólo los lanzadores, y no hicieron el menor ruido hasta que ya los tuvimos encima. Creo que entre los huéspedes de anoche se nos coló algún espía ulter, que ha preparado la entrada de sus compañeros.

Al acercarse, Arnold vio una fina varilla, que salía del hombro de Doc. Iris la tanteaba, dudando entre extraerla o no. Doc miró a la muchacha y le dijo:

—No hay tiempo ahora, Iris. Tenéis que escapar. Raúl me ordenó que cuidara de vosotros. Es posible que consigáis salir por el lateral derecho, si no está vigilado por esos fanáticos, A mí me han enviado para que destruya los archivos. Debes ir al punto de reunión 45, al este de la ciudad.

—Tenemos que pedir ayuda...

—Sería inútil. Cuando llegaran, no encontrarían nada. ¡Vamos, no perdáis más tiempo!

Iris se mordió los labios y ayudó a Doc a levantarse, quien después de tomar el rifle, cruzó la habitación y entró en la de al lado. Arnold observó el reguero de sangre que dejaba detrás de él. Dijo a Iris:

—No podemos dejarle aquí para que muera desangrado.

Ella le devolvió una mirada nublada.

—Nadie podría hacer nada por él. Tiene un dardo envenenado, ante el cual no existe antídoto.

Arnold se fijó en el lanzador de la muñeca derecha de Iris.

— ¿El tuyo también tiene dardos envenenados?

—Por supuesto. Y mis puntas están impregnadas con un producto mucho más fulminante que el que usan los ulters —replicó Iris, secamente—. Vamos, salgamos de aquí.

Apenas estuvieron en el pasillo volvieron a escuchar una serie larga de detonaciones. Corrieron hacia la derecha, y al doblar el recodo, Iris se detuvo, alzó la mano e hizo un movimiento. Arnold miró hacia delante, y a unos veinte metros de ellos vio caer a un hombre con un dardo clavado en la frente, el cual pareció tropezar con un muro invisible, vaciló y cayó al suelo, después de soltar el arma con la que había intentado dispararles.

—Hay que tener mucha práctica para usar un lanzador, pero cuando se logra disponer de una aceptable puntería, no hay nada mejor para no delatar la presencia de uno. Las armas de fuego hacen mucho ruido —explicó Iris.

Pasaron por encima del cadáver y, al hacerlo, Arnold comprobó que se trataba de casi un chiquillo. Se lo dijo a Iris, quien replicó:

—Son los peores, Arnold. Están fanatizados. Algunos toman drogas antes de combatir. Sus jefes los recluían entre los barrios más pobres, los alimentan y les inculcan las ideas de que todo lo que no sea terrestre es malo, que los enemigos de la Tierra son los nativos que desean el acercamiento con los traidores de la Federación. Les prometen la conquista de los mundos exteriores.

Torcieron por otro corredor y llegaron al comienzo de una escalera. Del fondo procedían ruidos de botas ascendiendo por los peldaños. Pronto vieron que se trataba de un grupo de cuatro hombres armados, que vestían el traje oscuro. Gritaron al verles y alzaron las pistolas y rifles hacia ellos.

Pero Iris actuó antes. Movió su lanzador en abanico y abatió a dos enemigos. Uno de ellos tenía clavado tres dardos y rodó por las escaleras. Arnold apretó los dientes y pulsó el disparador. El arma tronó ruidosamente y uno de los ulters pegó un brinco, su cuerpo

osciló sobre la barandilla y cayó por el hueco. El cuarto descendió vertiginosamente, gritando. Iris saltó, se afirmó sobre el rellano y le disparó un dardo que atravesó el muslo izquierdo del fugitivo.

La muchacha regresó con Arnold.

—Con eso tiene suficiente. Tenemos suerte que son tipos no muy duchos en el combate. Pero por aquí no podemos huir. Tendremos que bajar por las ventanas de atrás.

Arnold reprimió sus náuseas. Se dijo, una y otra vez, que combatían por su vida. Tenía que matar para evitar que le matasen. Siguió a Iris por el corredor. Ella empujó una puerta, se dirigieron hacia la ventana cerrada y la muchacha tiró del pasador. Antes soltó la correa del lanzador, arrojándolo a un rincón.

—Me he quedado sin dardos y me estorbará para usar la pistola. Ayúdame.

Arnold probó con el cierre, y tras dos intentos consiguió que la ventana se abriese. Al otro lado había una vieja y herrumbrosa escalera de incendios, que daba a un callejón. Ayudó a Iris a saltar y luego la siguió él.

Apenas hubieron puesto los pies en el terroso piso del callejón, cuando unas luces incidieron en ellos, cegándolos.

Antes que pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando, se sintieron golpeados, desarmados y luego maniatados con alambres.

Arnold abrió los ojos y al tiempo que se sentía empujado, vio una docena de vestimentas oscuras rodeándoles. Le habían atado con otro trozo de alambres a las ataduras de Iris y los conducían al interior de la casa otra vez, por una puerta abierta bajo las escaleras de emergencia.

Los introdujeron en una estancia, donde había casi una docena de hombres maniatados unos con otros, formando un apretado grupo vigilado por varios ulters, provistos de metralletas.

—Están todos —dijo un ulter joven a otro mayor, que parecía ser el jefe—. No queda nadie en el edificio. Estos son los últimos. —Y señaló a Arnold e Iris—. Mataron a cinco de los nuestros.

El hombre miró a la pareja, furioso.

—Matadlos los primeros. En el aparcamiento. Que sean degollados.

El juvenil rostro sonrió, satisfecho, ante la orden. Extrajo un largo cuchillo, de delgada hoja reluciente Se volvió a Arnold e Iris y dijo a dos de sus compañeros que los sacaran de allí.

CAPÍTULO VIII

El acompañante de Raúl Farrar dijo a éste que los alrededores de la embajada estaban infestados de ulters. Desde el interior del coche, antes que regresara el oteador, Raúl ya había visto algunos grupos de personas, que pensó podían ser ulters, deambular por los edificios cercanos.

La embajada era un edificio aislado, de diez plantas, rodeado de un alto muro de cemento, sobre el cual "había una alambrada, que se decía estaba electrificada. La sólida puerta de acero de la entrada siempre permanecía cerrada. Al otro lado debían estar los guardianes contratados por la embajada. Eran terrestres y se decía que ningún miembro de la Federación tenía plena confianza en ellos. Pero su presencia estaba impuesta por los gobernantes terrestres, alegando ciertas disposiciones existentes en el cuerpo de mercenarios, reconocidos oficialmente.

Por tal causa, existía otra guardia, compuesta de no terrestres, que, además de vigilar la entrada del edificio al otro lado del muro, no perdían de vista a los mercenarios contratados.

Vieron cruzar algunos vehículos gubernamentales cargados de tropas armadas, que aunque estaban para impedir cualquier desmán contra la embajada por parte de los ulters, Raúl estaba seguro que su

actuación en defensa de la delegación de la Federación, sería muy problemática. Lo más seguro sería esperar, por parte de las tropas una actitud pasiva.

—Ven a recogerme dentro de dos horas. Si ves la situación peligrosa, me esperas tres manzanas más al sur, junto al bloque de salas de espectáculos —dijo Raúl, saliendo del coche.

Su compañero pasó al lado del volante y se alejó, doblando por la próxima esquina cuando Raúl estaba alcanzando la acerada puerta del muro. Había un intercomunicador al lado.

—Deseo entrar. Me llamo Arnold Farrar, y soy ciudadano de Carhlu —dijo.

Desde el otro lado, una voz ronca le conminó:

—Identifíquese.

Raúl sacó la documentación de su hermano, y la colocó a la altura del visor. Aguardó unos segundos, mientras la veían. Después de esto, la puerta aún tardó cerca de un minuto en abrirse. Al cruzarla, Raúl sabía que un sistema de detección estaba revelando si llevaba armas o no. Conocía aquello y se sintió un poco desnudo cuando se deshizo, dentro del coche, de su lanzador y la pistola. Pero no hubiera podido entrar de haberlas llevado.

Pasó ante los hombres que custodiaban la entrada, sin mirarlos. Se encaminó por la vereda del patio hasta el edificio. Sobre la puerta de entrada creyó ver el movimiento de una cámara de televisión, seguir sus pasos. Dentro, los guardianes de la Federación ya habían sido avisados por los mercenarios de su llegada y le esperaban.

Una nueva inspección a los documentos, bajo la presencia de un oficial de la Armada de la Federación, vestido de paisano, y dos hombres más, y al final de ésa, le preguntaron:

— ¿Los motivos de su visita?

—Deseo ver a Tony Torhan. Soy amigo suyo.

El oficial frunció el ceño.

—Creo que le está buscando a usted desde hace tres días.

—Sí, es posible. Hace tres días llegué a la ciudad.

— ¿Qué le naso?

—Me perdí. Había mucho jaleo en el astropuerto. He tardado mucho en poder llegar aquí.

—Pues ha tenido mucha suerte. ¿No trae equipaje?

—Lo tengo bien guardado. Lo recogeré cuando sepa dónde me instalaré.

—Bien, no es asunto mío preguntarle qué desea en la Tierra, pero reconozco que me intriga mucho. Y su mirada no parece de loco.

— ¿Puede decirme dónde encontraré a Tony Torhan? —preguntó Raúl, deseando terminar la conversación.

—Entre en el ascensor del fondo hasta el quinto piso. En el pasillo busque la puerta con el número quince. Allí tiene Torhan su despacho. Tenga, lleve esto mientras permanece en la embajada.

Raúl dejó que el oficial le colocase sobre el pecho una tarjeta de color azul.

—Deberá entregármela al marcharse. Yo avisaré, mientras tanto, a su amigo de su visita. Creo que él le dirá lo que tiene que hacer para que la oficina de control vise su permanencia en la Tierra. El funcionario se llevará una buena sorpresa. Se aburre de no hacer nada desde hace años.

Raúl asintió y penetró en el ascensor. En el quinto piso se cruzó con algunos empleados, hombres y mujeres de la Federación, que se limitaron a mirarle con curiosidad, fijándose en su tarjeta azul. La que ellos llevaban era de color amarillo. Pero nadie le hizo objeción alguna cuando se dirigió hacia el despacho de Tony. Llamó con los nudillos en la puerta. Una voz le gritó, desde el interior:

—Entra, muchacho. Maldito condenado. Me has tenido sin dormir desde hace...

Raúl penetró y vio a un hombre joven que se dirigía a él sonriente. Al ver que no era Arnold, la sonrisa se esfumó, retrocediendo hasta la mesa.

— ¿Quién es usted?

—Ya se lo han dicho: Arnold Farrar.

Tony se precipitó detrás del escritorio. Ya tenía abierto un cajón y tocaba una pistola cuando sintió sobre su cuello el contacto de un objeto afilado.

—Ni un movimiento. Puede volverse, pero muy despacio, para que yo vea lo que hace.

Tony bajó la mirada. Él intruso tenía en su derecha un objeto de madera que imitaba un cuchillo. Notó en la piel que estaba tan afilado como un estilete de acero.

—Con esto puedo perforarle el cuello, amigo Torhan. Es la única arma que no detectan en la entrada al ser de madera. Le aseguro que no tiene que temer nada de mí, pero crea firmemente que yo soy Arnold Farrar. Si alguien entra, dígale que soy su amigo, por favor.

Tony, muy pálido, se sentó bajo el empuje de la aguda punta. Estaba muy pálido y preguntó, vacilante:

—Me han dicho que la documentación es de Arnold. ¿Qué ha hecho con él?

—Arnold está perfectamente, en lugar seguro. Soy Raúl Farrar, en realidad. —Ante el gesto de asombro de Tony, agregó—: Sí, el hombre que estuvo usted espiando por encargo de mi hermano. ¿Está ahora más tranquilo?

—Si es hermano de Arnold, ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué no le acompaña?

—Tenía que venir a la embajada, amigo. Arnold se reunirá con usted hoy mismo, apenas yo regrese a nuestro refugio, donde él me espera. Mire, no puedo perder tiempo. Espero que me ayude.

— ¿Que yo le ayude? No entiendo...

—Tengo que ver al jefe de la comisión del Consejo, al señor De Martin. Sé que está en el piso superior, en donde se aloja, puesto que la casa donde pensábamos vernos fue destruida por los ulters.

— ¿Quién es usted en realidad?

Raúl resopló y dijo pacientemente:

—Ya se lo dije, Torhan. Soy Raúl Farrar, pero también el jefe de la organización subversiva. ¿Por qué no llama al Enviado y le dice que

el jefe Rafar está aquí?

— ¿Rafar?

—Así me identificará él. Este nombre sólo lo conocemos De Martin y yo.

Tony se pasó la mano por la frente. Aquel hombre podía estar diciendo la verdad. Además, no perdería nada interrumpiendo la reunión que sostenían De Martin y el gobernador Tulau, en el piso más elevado de la embajada. Si el Enviado se negaba a recibir a aquel hombre se lo haría saber elevando la potencia del comunicador para que el supuesto hermano de Arnold lo escuchase.

—Está bien —dijo, conectando el comunicador—. Pero si el Enviado se niega a recibirle, deberá marcharse sin causar problemas. Y si es verdad que tiene a Arnold en su poder, deberá dejarlo en libertad.

— ¿Le he dicho acaso que esté retenido? Vamos, hable de una vez a De Martin.

—Tenga paciencia. Es posible que tenga que aguardar un rato. Hace unos instantes llegó el gobernador para entrevistarse con De Martin. Y estaba muy enfadado, me parece.

Raúl frunció el ceño. La presencia del gobernador en el edificio justificaba la presencia de los coches repletos de soldados que rodeaban la embajada.

* * *

Tulau apretó los puños. Frente a él, sonreía ligeramente el Enviado. La serenidad de aquel hombre le enfurecía aún más. Su seguridad desapareció apenas transcurrieron unos minutos de conversación. Había llegado ante De Martin dispuesto a humillarle, pero en seguida el Enviado le redujo al silencio.

El gobernador fue detenido por De Martin en su torrente de protestas ante lo que él consideraba interferencias de la embatada en los asuntos internos de la ciudad. Había considerado al Enviado por debajo de los poderes que ahora estaba mostrándole con toda

sencillez, como si en realidad le estuviese quitando importancia.

— ¿Por qué no me dice, de una vez, qué es lo que pretende de mí? —inquirió silabeante Tulau.

—No deseamos de usted nada en particular, gobernador —replicó con voz suave De Martin—. El Consejo, a propuesta del mando federativo, me ha enviado a la Tierra a entrevistarme con usted porque sabemos que su dominio sobre los demás gobernadores terrestres es evidente. No deseo tener que entrevistarme con cada uno de ellos..., ni con todos a la vez. Sería demasiado fatigoso lo primero y me temo que lleno de tumultos lo segundo. Así, lo que me ha dicho referente a que sus colegas lesean una pronta marcha mía de la Tierra, debo considerarlo como una manifestación suya particular. Creo que ni se ha tomado la molestia de consultar a sus compañeros, limitándose a seguir manteniendo la apariencia de una subordinación suya a ellos que no existe.

— ¿Cómo sabe tantas cosas? —masculló Tulau.

—Eso no tiene importancia ahora. También sabemos en la Federación que una clase reducida se beneficia de nuestras donaciones de alimentos, medicinas y demás mercancías que nos solicitan.

— ¿Supone que con esos reducidos envíos podemos alimentar a toda la población de la Tierra?

—No, desde luego; pero desde hace muchos años, como han podido comprobar, nuestros envíos no han aumentado y sí disminuido considerablemente.

—Me alegra que lo reconozca.

—Lo hacemos porque ciertas personas comerciaban con los sobrantes de sus bien nutridas mesas, gobernador. No estamos dispuestos a entregarles nada, si la situación sigue como hasta ahora.

Tulau palideció. Sus manos temblaban.

— ¿Qué quieren?

—Nos hemos cansado de proponerles que dispongan de las medidas que nuestros técnicos les han expuesto miles de veces para atajar la situación cada vez más intolerable en que los terrestres han de vivir. Mal vivir, debo decir.

—Si, recuerdo esas recomendaciones —sonrió torvamente Tulau —. Ustedes dicen tener suficiente espacio para acoger a miles de millones de seres en sus mundos. Pero siempre nos dijeron que teníamos nosotros que construir las naves y acatar el mandato del Consejo.

—Me alegro que tenga buena memoria.

—Eran unos proyectos de locura. Si entonces no podíamos construir esas naves estelares era porque nuestras materias primas y reservas energéticas estaban tan bajas, que hacían imposible su desarrollo; ahora la situación en cien veces peor. Tenemos que dedicar todos nuestros esfuerzos para mantener viva una población que no cesa de aumentar, al tiempo que los recursos se agotan. Ni en cien años, construyendo diez mil naves anuales, podríamos evacuar el cincuenta por ciento de la población, que era lo que ustedes habían previsto para una posible recuperación del medio ambiente, acabar con la contaminación, regenerar los campos y aprovechar las materias primas existentes. ¿No cree que el número de naves que entonces ofrecían era ridículamente pequeño?

De Martin escuchó sin inmutarse.

—Entonces sí pudo hacerse, gobernador, pero tiene razón al decir que hoy es imposible. Cuando enviamos el proyecto, nuestros medios humanos nos imposibilitaban la construcción masiva de navíos para el éxodo. Pero no hemos cesado de pensar durante todo este tiempo. Ahora estamos en condiciones de hacer nosotros todo el trabajo técnico. Ustedes sólo deben organizar la población. Ahora, al contrario que entonces, no pedimos que ustedes se construyan sus naves. Nosotros estamos finalizando una enorme flota de naves-arca, capaces cada una de albergar un millón de seres humanos. Hemos calculado que en menos de cinco años sólo quedarán en la Tierra mil millones de seres, que vivirán desahogadamente y tendrán alimentos de sobra.

—Continúe.

—Tenemos dispuestos los mundos donde esos miles de millones de terrestres empezarán una vida nueva. Se irán adaptando a medida que vayan llegando, trabajarán y ayudarán a sus compañeros que les sigan. Comprendemos que en la Tierra ocurrirán incidentes, y muchas personas morirán, pero muchas menos que ahora fallecen de hambre o enfermedad. Nosotros traeremos en nuestras grandes naves, comida para la movilización. También disponemos de varios miles de

ciudadanos que, conocedores del proyecto, se han ofrecido voluntarios para la tarea. Son médicos, navegadores, proyectistas, etcétera. Serán quienes dirijan la gigantesca operación de marcha.

«También garantizamos que en menos de cincuenta años, la Tierra volverá a ser mucho mejor que era hace dos siglos. Los que aquí se queden gozarán de un bienestar igual o mejor que los que emigren. Pero tendrán que trabajar duro y obedecer nuestras directrices.

—Siempre tuvimos el temor de que la Federación quisiera acabar con la independencia de la Tierra, someternos a su yugo —masculló Tulau—. Están locos si creen que vamos a dejar que nos digan lo que tenemos que hacer, Enviado De Martin.

—Me temo que los que desvarían son ustedes —dijo De Martin, apretando los labios. Tulau se alegró de ver en él un amago de pérdida de paciencia—. Hemos hecho estudios y la Tierra morirá en menos de unas cinco o seis décadas, convertida en un gigantesco cementerio.

—Nuestras previsiones son totalmente opuestas a las suyas.

—Oh, no pretenda hacerme creer que confían en los sueños ilusos de los ultras. Ustedes nunca podrán luchar contra la Federación. Nuestros mundos están demasiado lejos de su alcance. Si hace unos años no podían construir naves para emigrar, ¿cómo van a hacerlo ahora para combatir?

— ¿Ésa es su propuesta? ¿La propuesta del Consejo Galáctico?

—Sí. Quiero que lo haga saber a los demás gobernadores. Espero una respuesta antes de una semana. Confío en el buen sentido de ustedes.

— ¿Qué pasará si nos negamos?

—Cortaremos los suministros totalmente. La clase privilegiada que no padece hambre y frío sufrirá al igual que la mayoría.

— ¿Y qué será de nosotros?

De Martin se humedeció los labios. Sabía que en ese punto radicaba lo más difícil de su gestión.

—Serán ciudadanos como los demás, con los mismos derechos. Pero no podemos consentir que conserven sus privilegios, después de la marcha. Por supuesto, tendrán nuestra total garantía de inmunidad

ante las posibles represalias de sus ex súbditos.

— ¿Cómo podrían garantizar tal cosa?

—Otorgándoles una nueva identidad.

Tulau movió la cabeza.

—Están locos si creen que vamos a aceptar. De todas formas, ¿cuándo quiere una respuesta? Me parece que debo volver a consultar con mis compañeros.

—Una semana.

Al levantarse para marcharse, Tulau dijo: —En ese tiempo, pueden pasar muchas cosas —sonrió—. El Consejo, incluso, puede cambiar de opinión.

De Martin quedóse mirando la puerta que Tulau cerró. Entonces movió el conmutador, y dijo por el micrófono:

—Que pase el señor Torhan y su acompañante.

Cruzó los brazos sobre la mesa y esperó al contacto terrestre. De Martin sabía, después de escuchar a Tulau, que poco podía esperar de los gobernadores de la Tierra. Los nativos tendrían que actuar para obligarles a aceptar los términos del Consejo.

]

CAPÍTULO IX

Otras veinte personas formaban un apretado grupo en un rincón del sótano. A él fueron agregados Arnold e Iris. Los vigilaban media docena de hombres armados. El jovenzuelo que parecía capitanearlos y había recibido la orden de ejecución, se plantó con las piernas abiertas delante de ellos. Pasó el pulgar izquierdo por la afilada hoja del cuchillo, sin cesar de sonreír. Parecía disfrutar enormemente con las miradas temerosas que recibía.

Arnold estrechó a Iris. Ellos debían ser los primeros en morir, pero el verdugo parecía haberlo olvidado. Paseó lentamente, y se detuvo, alzando la mirada al techo y mordiéndose los labios como si estuviera pensando el siguiente movimiento.

—Estoy seguro de que ninguno se ofrecerá voluntario —dijo, agitando el cuchillo en abanico—. Y tengo que empezar con alguien. Como estoy algo desentrenado, el primero sufrirá un poco más. Pero les juro que me aplicaré en los siguientes, y nadie sufrirá apenas. Todos mis compañeros dicen que soy muy hábil. ¿Alguno quiere tener el privilegio de ser considerado el más valiente?

Iris se apretó más contra Arnold y todos los componentes del grupo retrocedieron hacia la pared.

— ¿Ninguno? —la sardónica sonrisa del jovenzuelo se esfumó. El rostro se trocó en algo demoníaco y gritó—: ¡Tú!

Dos hombres sacaron del grupo al desdichado que señaló su jefe. Lo arrastraron, tirando del alambre que ataba sus manos, hasta el pie de una columna. Uno le pegó un puñetazo cuando empezó a gritar. El jovenzuelo se puso a su lado y le cogió de los cabellos, obligándole a echar la cabeza hacia atrás. Entonces levantó el cuchillo, bajándolo, centelleante, al tiempo que aullaba frenéticamente.

Arnold sintió temblar a Iris contra su pecho. El también tuvo que apartar la mirada. Escuchó el cuerpo del desgraciado caer al suelo. Cuando los abrió, el verdugo se acercaba de nuevo. Parecía estar contrariado.

—He tenido un olvido tremendo —dijo—. Mi superior me dijo quiénes debían ser ejecutados primero. Vamos, esa parejita que tanto trabajo nos dio. La chica es muy bonita. Si no tuviéramos tanta prisa, me distraería un poco con ella.

Arnold se debatió con todas sus fuerzas para impedir que le

sacaran del grupo. Como Iris estaba atada con un trozo de cable a sus manos, cayó al suelo y fue arrastrada con él por tres de los guardianes.

El verdugo estaba dando muestras de impaciencia. Dijo que tenía que hacer mucho trabajo aún y avanzó hacia los jóvenes. Echó la mano armada con el puñal hacia atrás, apuntando hacia el vientre de Arnold.

—Peor para ti. Tardarás en morir. Así aprenderán los demás, por su bien, que mejor no deben resistirse...

Arnold sudaba y levantó la mirada, horrorizado. Se encontró con los ojos inyectados en sangre del verdugo, que le maldecía. Entonces su ejecutor se contrajo, soltó el cuchillo y retrocedió, dando traspiés, hasta apoyarse sobre un coche y resbalar por él lentamente. Entonces Arnold se lijó que el largo dardo que le había perforado el cráneo le salía por la boca ensangrentada.

Todo sucedió tan rápidamente, que el joven apenas pudo darse cuenta real de cuanto ocurrió. Los guardianes cayeron unos tras otros, acribillados por los dardos. La muerte del verdugo parecía haber sido la señal para que, desde varios puntos del sótano, se iniciara el fulminante ataque.

Se vieron rodeados de hombres armados de fusiles y lanzaderas. Uno de ellos, enorme, gritó a otro que liberara a los prisioneros. Mientras unas tijeras liberaban a Arnold, le dijo, sonriente:

—Tú debes ser Farrar. Te identifiqué desde que nos apostamos para atacar. Lamento no haber salvado al desdichado que asesinaron primero, pero teníamos que asegurarnos de que el ataque fuera efectivo.

— ¿Quién es usted? —preguntó Arnold, restregándose las muñecas, doloridas por la presión de los cables.

—Me llamo Thor, Claus Thor. Hace muy poco que su amigo Torhan me pidió que le encontrase. Supe en seguida que estaba en manos de este grupo. Al principio, me desconcertó, pero decidí venir, cuando supe que le escondían en este refugio. Por supuesto, no tenía la intención de entrar matando, pero los ulters se me adelantaron y llamé a mis hombres. Nunca me gustaron estos tipos.

Los prisioneros fueron liberados de sus ataduras y conducidos hacia el exterior del sótano. Escucharon algunas detonaciones y Thor sonrió.

—No se preocupen. La situación está dominada. No dejaremos un solo ulter vivo. Ya se habían marchado algunos, cuando llegamos. Otros de mis grupos los están cazando por los alrededores, desde las alturas de los edificios. ¿Queda alguien más vivo?

Iris movió la cabeza negativamente.

—Me temo que no. Debieron conducir a todos los que se rindieron o cogieron vivos aquí. Tenemos que marcharnos. Este lugar no es seguro.

—De momento, deberán dejarse conducir por mí. Si usted, preciosa, no quiere dejar a Farrar, deberá venir con nosotros. Yo he prometido a Tony conducirle ante él vivo.

—Iré con ustedes —afirmó Iris firmemente—. Arnold no era prisionero nuestro, si así lo ha pensado. —Ya lo veo.

Ascendieron por la rampa. Antes de salir a la calle, uno de los compañeros de Iris se acercó a ella. Iris le dijo que no temiera nada, le gritó un nombre en clave y le aseguró que allí irían más tarde.

Thor se rió, mientras entraban en un enorme coche, que en seguida arrancó.

Por la estrecha ventanilla trasera, Arnold vio cómo, en medio de la densa muchedumbre, se confundían los hombres de Thor y los que hasta entonces habían estado esperando con ellos la muerte en el sótano.

Como si adivinara sus pensamientos, Thor dijo: —No se preocupe por ellos. Saben lo que tienen que hacer. Tenemos que hacer esto porque cuando los ulters se enteren de la paliza que les hemos dado, nos buscarán, enloquecidos. Pero pronto estaremos a salvo. —¿Cómo supo usted dónde estaba Arnold? —Señorita, nosotros luchamos por sobrevivir. Algunos nos llaman asesinos y otros sus protectores, pero le juro que sabemos más cosas de los ulters que ustedes, y de ustedes más que el Gobierno y los condenados ulters.

— ¿Y ha hecho todo esto sólo por complacer a su amigo Tony?

—Noto en sus palabras que no se fía de mí. Es lógico. Sí, lo hago porque Tony me lo pidió. Yo le debía la vida. Ahora, estamos casi en paz. Además, disfruto mandando al infierno a cuantos ulters pueda. Reconozco que su grupo, señorita, me cae simpático.

—Sé que Raúl ha intentado, en varias ocasiones, atraer a nuestra causa las bandas de los barrios Zeta, pero siempre han rehusado. Yo había oído hablar de usted, señor Thor.

—Sí, es cierto —dijo Arnold—. Mi hermano me dijo anoche que, si contase con las bandas de las ciudades, le sería muy fácil alcanzar su objetivo.

— ¿Es que Raúl es su hermano, amigo? —preguntó, vivamente sorprendido Thor.

—Creí que también lo sabía —repuso mordazmente Iris.

—Únicamente conocía a su jefe por el nombre, señorita. Ignoraba el apellido. El pobre Tony nunca pudo pensar que los dos hermanitos se habían reunido, al fin. ¿Dónde está ahora Raúl?

Iris cruzó una mirada de duda con Arnold, quien asintió, dando a entender que él pensaba que podían confiar en aquel hombre.

—Se fue a primera hora a la Embajada. Utilizó el nombre de Arnold, por su condición de ciudadano de la Federación, para poder entrar y entrevistarse con el enviado De Martín.

Thor soltó un prolongado silbido. Encendió un cigarrillo maltrecho, que sacó del bolsillo de su chaqueta.

—Pues esperemos que no esté mucho tiempo allí. Ha escogido mal día.

— ¿Qué quiere decir?

—Maldita sea. Son ustedes unos ingenuos. Cuando los ulters conocieron el lugar secreto donde querían celebrar las entrevistas con el enviado del Consejo, ustedes debieron pensar en algún plan de esos demonios.

— ¿Como cuál?

—Ahora están todos los personajes que a ellos les interesa eliminar en el mismo sitio. ¿No lo comprenden? En realidad, los ulters están protegidos por los gobernadores. Son la fanática fuerza de choque que pueden emplear, sin cargar con sus culpas. La situación ha llegado a tal extremo, que quienes nos tiranizan han decidido abortar la subversión, de una vez por todas. Si eliminan al jefe de los rebeldes al mismo tiempo que al Enviado, a sus acompañantes, al embajador y

destruyen la Embajada, habrán ganado mucho tiempo, años, tal vez. La confusión que seguirá les permitirá quitar a muchos personajes de en medio, que apoyan o sirven a la revolución.

— ¿Es que el ataque a la Embajada se hará hoy mismo? —preguntó con alarma, alterando su voz.

—Me temo que sí.

— ¡Tenemos que avisar a Raúl! —exclamó Arnold.

— ¿Cómo? —masculló Thor—. Serán miles de ulters los que atacarán. Desde hace unos días, han estado llegando grupos de esos condenados desde varias otras urbes, en donde los movimientos rebeldes apenas cuentan. Porque, sépanlo de una vez, se pretende desorganizarles a ustedes también —terminó, dirigiéndose a Iris.

—Se encontrarán con un hueso duro de roer —afirmó la muchacha.

—Lo sé, lo sé. La ciudad se convertirá en más infierno de lo que es ya.

Arnold apartó un poco la protección de metal que tapaba el cristal lateral de su asiento. Frunció el ceño porque estaba viendo que corrían por unas calles estrechas y de poca circulación. Las casas se veían más sucias y las gentes caminaban de prisa, y miraban con recelo a cuantos se cruzaban con ellas.

—Estamos en mi territorio, amigos —explicó Thor—. Conmigo no tienen nada que temer. Ni el más atrevido ulter se atrevería a entrar aquí. Sería identificado pronto y eliminado dos calles más abajo. Este coche todo el mundo lo conoce y sabe que debe ser respetado.

— ¿Por qué no nos lleva adonde yo le diga? —preguntó Iris.

—Antes debemos asegurarnos de que ese sitio aún permanece en secreto para los ulters, señorita. En mi refugio tengo medios para que usted se ponga en contacto con sus compañeros y les advierta. Entonces, la dejaré marchar. Pero Arnold tendrá que quedarse. Yo soy responsable de su seguridad ante su hermano. Claus Thor siempre cumple sus promesas. ¿Cree usted, Iris, que los suyos podrán salvar la Embajada de ser destruida?

—Es posible.

—Oh, vamos. Confíe en mí de una vez. Ya sabe que odiamos a los ulters, al Gobierno regido por esa pandilla de sádicos que son los gobernadores y sus acólitos. Creo que, por una vez, los idealistas rebeldes y nosotros, los prácticos bandidos de los barrios Zeta, debemos unirnos.

—No sería mala idea; pero me parece un poco tarde para que ustedes se incorporen a nuestros planes —dijo Iris.

— ¿Tienen un plan? Magnífico. Creo que terminaremos entendiéndonos.

Iris soltó un gemido y miró a Arnold, quien le devolvió una sonrisa tranquilizadora, como si le dijera que él confiaba en aquel nombre rudo, que acababa de salvarles la vida.

* * *

Raúl Farrar extendió sobre la mesa el plano de la ciudad y señaló con círculos rojos diversas zonas, diciendo al Enviado:

—Los nuestros se concentran en estos puntos, señor.

— ¿Está seguro de que ahí están los accesos a los refugios de la clase gobernante?

—Sí. Nuestros datos son concluyentes. Nos ha costado muchos años, esfuerzos y vidas de varios agentes nuestros ultimar un mapa detallado de las entradas que usan los gobernantes y los privilegiados para acceder a los paraísos subterráneos, donde acostumbran a vivir. Raramente salen a la superficie. Allí se encuentran a gusto. Disponen de todas las comodidades y placeres. Tienen aire limpio y perfumado, jardines, medios de transporte, grandes espacios para diversiones, etc. Todo esto, es ignorado por la mayor parte de la Tierra. En realidad, la gente cree que los gobernadores y sus sicarios únicamente disponen de algunas ventajas más que ellos, y una ligera mejoría en la calidad de los alimentos. La masa se conforma un poco, pensando que respiran el mismo aire sucio que ella, pasan un poco de frío y apenas gozan de algunas comodidades en los barrios seguros, controlados por la policía.

»En las principales ciudades de la Tierra existen similares

refugios, pero en esta urbe está el más grande y mejor dotado. Es el más antiguo. Debajo de nuestras sucias calles se consumen los envíos de comida, ropas y medicinas que suministra la Federación. Allí se despilfarra, en piscinas y baños, lo poco de agua pura que queda. La escasa energía de que aún se dispone, es consumida sin miramientos por esos habitantes, que disfrutan del derecho de vivir en un medio cargado de lujos, insospechable para el vulgo.

De Martín entornó los ojos.

—Parece increíble. Nosotros, en la Federación, no podíamos sospechar nada. Pero sus pruebas son irrefutables, Raúl. Celebro haber venido. Tenemos que actuar sin dilación.

—Exacto. Ya ha podido comprobar personalmente que los gobernadores no están dispuestos a perder sus privilegios.

—Les he amenazado con suspender los envíos. Tulau parece aún disponer de buenas cartas para la partida.

—Ignoro cuáles pueden ser sus intenciones, pero tenemos que adelantarnos.

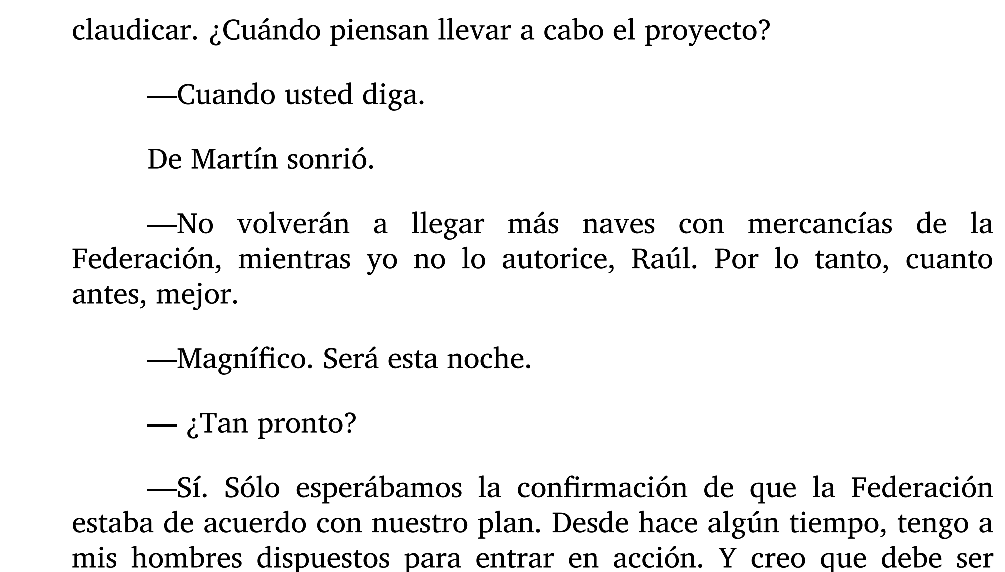
—Me temo que tiene razón, amigo mío. Desgraciadamente, la Federación no puede ayudarles militarmente. Tendrán ustedes que ganarse su derecho a la libertad. Si consiguen derribar al gobierno y formar uno provisional, entonces nuestras naves sí aterrizarán, ya que sólo podrán hacerlo con garantías de no encontrar resistencia armada en contra, porque su enorme tamaño impide que estén armadas. Ya le he explicado que hemos aprovechado toda la capacidad para disponer de pasajeros, que deberán viajar en estado de animación suspendida durante los cinco o seis días que ahora sólo precisamos para realizar el vuelo hasta nuestros planetas por el hiperespacio.

— ¿Sabe todo esto Tulau?

—Procuré evitar explicarle nada. Pero, de todas formas, lamento lo que va a suceder. Morirán muchas personas.

—Pero merecerá la pena. Además, nosotros no pretendemos destruir los refugios paraíso, señor. Nos limitaremos a hacer estallar sus fuentes de alimentación energética, de forma que nunca más les sirvan. Tendrán que salir de las madrigueras y enfrentarse con un aire tan sucio como el que estamos obligados a respirar.

—Sí, parece lógico que, si consiguen tal cosa, tendrán que



claudicar. ¿Cuándo piensan llevar a cabo el proyecto?

—Cuando usted diga.

De Martín sonrió.

—No volverán a llegar más naves con mercancías de la Federación, mientras yo no lo autorice, Raúl. Por lo tanto, cuanto antes, mejor.

—Magnífico. Será esta noche.

— ¿Tan pronto?

—Sí. Sólo esperábamos la confirmación de que la Federación estaba de acuerdo con nuestro plan. Desde hace algún tiempo, tengo a mis hombres dispuestos para entrar en acción. Y creo que debe ser cuanto antes, puesto que hemos puesto en guardia un poco a Tulau.

—Tal vez tenga razón. Suerte, amigo mío —dijo De Martín, tendiendo la mano.

Raúl la estrechó con fuerza.

—Tengo prisa por regresar con los míos, señor. Arnold debe venir a la Embajada cuanto antes. He sentido una gran alegría de saber que mi hermano disfruta de la libertad de la Federación. Deseo que vuelva a su sitio El no está acostumbrado a la dureza de la Tierra, a las privaciones. ¿Me promete que se ocupará de él?

—Sí, por supuesto —asintió el enviado del Consejo.

—Creo que lo tiene dispuesto todo para marcharse dentro de unos días, pero cuanto antes lo haga, mejor.

—Nos volveremos a ver, señor Farrar.

—Así lo espero. Y que sea en mejores condiciones.

— ¿Celebrando la victoria?

— ¿Por qué no?

La puerta del despacho fue violentamente abierta. Hasta entonces, a petición de De Martín, Tony Torhan había aguardado en la antesala a que la entrevista terminase. Su inesperada entrada dejó al Enviado con la boca abierta.

— ¿Puede explicarnos su actitud, señor Torhan? —inquirió enfadado De Martin.

Después de tomar aliento, Tony dijo:

—Nos están atacando desde el exterior, señor. Quisimos decírselo por el comunicador, pero usted lo desconectó.

De Martin recordó aquel detalle y que la estancia donde estaban era a prueba de ruidos y espionaje electrónico.

— ¿Quién nos ataca?

—Carlos dice que son los ulters.

Raúl soltó una maldición.

—Se nos han anticipado. Nos han cazado en una ratonera. He sido un estúpido. Debí imaginarme algo parecido. Antes de entrar, vi a grupos sospechosos merodeando por los alrededores, además de los policías patrullando.

—La policía fue retirada apenas se marchó el gobernador —explicó Tony.

—Perfecto. Al menos, sabemos que Tulau ha dado la orden de ataque a sus huestes de fanáticos, al marcharse. Ahora estará cómodamente sentado en su refugio subterráneo, esperando acontecimientos. Pero se llevará pronto una desagradable sorpresa. —Raúl sonrió torvamente—. Tengo que hacer una llamada al exterior.

—Pues lo siento, señor —Torhan movió la cabeza negativamente —. Han cortado los enlaces con el exterior.

Quisimos advertir al gobernador de lo que estaba pasando y no podemos pedir ayuda.

— ¿Ayuda al gobernador? No sean ilusos. El patrocina el ataque. Si al menos poseyera un arma, tendría el placer de llevarme algunos por delante, antes de morir…

El embajador apareció seguido de Carlos, quien portaba algunos rifles.

Roylaw dijo serenamente:

—Podremos darles muchas sorpresas a esos locos.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Raúl, apoderándose de un rifle.

—Venga conmigo y lo verán.

CAPÍTULO X

Desde el tercer piso, cuyo nivel quedaba por encima del alto muro que rodeaba el edificio, pudieron hacerse cargo de la situación. El embajador les condujo hasta una habitación llena de aparatos y pantallas de televisión. Sobre éstas se reflejaban diversas escenas del exterior.

—La guardia de mercenarios terrestres permitió la entrada a un grupo de ulters. Siempre sospechamos que eran espías de éstos —dijo Roylaw—, Pero la nuestra propia, desde el interior del edificio, descubrió a tiempo la maniobra. Siempre estuvimos preparados para algo semejante. Así, fueron rechazados los invasores, junto con los traidores vigilantes a sueldo. Pero no podemos cerrar la puerta porque el dispositivo a control remoto fue inutilizado. De todas formas, el enemigo nunca sospechó que estuviéramos tan bien preparados.

Raúl inspeccionó las pantallas de televisión. Los ulters, fracasado su primer intento, disparaban contra ellos desde lo alto del muro. Al otro lado debían haber dispuesto de andamios para llegar hasta ellos. De vez en cuando, veían caer un cuerpo al patio interior. Los tiradores de la Federación eran bastante buenos.

— ¿A qué se refiere? —rezongó Raúl—. No podemos soportar por mucho tiempo el asedio.

—Raúl tiene razón, señor —añadió Torhan—. Incluso el muro, que era una defensa nuestra, ahora sirve a los ulters.

—Y no olvidemos los edificios cercanos. Por ahora, utilizan armas liseras, pero pueden traer otras más pesadas y dispararnos desde el otro lado de la plaza. Y nosotros no tenemos nada para responderles.

Roylaw parecía tranquilo.

—He preferido que ustedes vean esto.

Hizo una señal a un hombre que estaba situado delante de un panel lleno de botones, que hundió uno de ellos. Roylaw rogó que prestasen atención a las pantallas.

Ellos recibían la imagen con sonido directo, aunque un poco bajo en su intensidad real. Escucharon una gran explosión, al tiempo que todo el muro estallaba. Alrededor del edificio, todo se llenó de humo y entre éste, vieron a cientos de ulters correr en desbandada.

—El muro estaba minado. Ahora les servirán de poco los escombros.

—Me sorprende usted, embajador —admitió Raúl.

Miró a Tony y a Carlos y por sus semblantes de asombro, dedujo que los dos también ignoraban la trampa puesta en acción.

—Hace años que emití un informe al Consejo, y recibí permiso para llevar a cabo algunas modificaciones en la Embajada. Desde luego, todo el trabajo se hizo en secreto. Además del muro minado, protegimos todas las paredes del edificio con un revestimiento interior que impide que incluso un dardo de fuego concentrado o un cañonazo la perfore. Tendrán que usar armas muy potentes, o el mismo Ejército, para doblegarnos. Y no creo que lleguen tan lejos. El gobernador no puede hacerse el ciego y sordo, por mucho tiempo. Corre el riesgo de verse con una intervención armada de la Federación. Lo que ocurre es un pretexto ideal para que nuestra Armada intervenga.

—Pero, ¿cuánto tiempo será necesario para que la Federación tenga noticias de lo que nos sucede? —preguntó Raúl.

El embajador se encogió de hombros.

—Eso lo ignoro. Pero creo que serán precisos unos seis días, ya que carecemos de medios para enviar mensajes de ayuda al espacio exterior. Lo primero que hicieron fue destruirnos nuestros medios de comunicación.

—Pues en ese detalle, también debió pensar —le recriminó Raúl.

Hizo volver su atención a la pantalla. Habían muerto un par de cientos de ulters. El humo se había disipado y descubrió, alarmado, que eran miles de hombres armados los que les rodeaban. Se estaban protegiendo en coches y camiones y en las casas cercanas, de las que estaban sacando muebles para hacer parapetos en las entradas y ventanas altas, desde las que dominaban, con su fuego, la Embajada.

El embajador siguió explicando que disponían de suficientes armas para hacer frente a un largo asedio. Los hombres capaces de luchar, sumaban unos ciento veinte. Incluso algunas mujeres se habían ofrecido para defender las ventanas, mientras que las demás se estaban ocupando de la cocina, enfermería y arsenal.

—También disponemos de suficientes alimentos para unos meses. No hay el menor problema por el agua potable —terminó Roylaw.

—Eso está muy bien, embajador —dijo Raúl, con sarcasmo—. Pero me haría muy feliz si me dijese que disponen de una salida subterránea de emergencia, que me dejara a bastante distancia de aquí.

— ¿Acaso tiene miedo, señor Farrar? —dijo Roylaw, sin poder reprimir un tono despreciativo en sus palabras—. Creí que estaba acostumbrado a la lucha...

—Raúl Farrar tiene que volver con los suyos, embajador —intervino De Martin—. Es preciso que imparta órdenes urgentes. Además, pienso que únicamente sus hombres podrían librarnos de este molesto cerco. No podemos confiar en que el gobernador envíe sus soldados para ayudarnos.

Roylaw enrojeció vivamente.

—Lo siento. Pensamos en un túnel de escape, pero nuestros ingenieros desecharon el proyecto porque no había medio de hacerlo, sin despertar sospechas.

—Entonces, todo está perdido —dijo Raúl al Enviado.

De Martin cruzó los brazos y sonrió.

—Esperemos. Pueden suceder cosas.

* * *

Claus Thor, después de presentar a Iris y Arnold a su lugarteniente, un enorme negro de amplios y sonrientes labios, llamado Jim, dijo, consultando su reloj:

—La Embajada lleva diez horas sufriendo el ataque. Por ahora, todo marcha bien. Los ulters sufrieron su primera derrota cuando el muro explotó y liquidó unos centenares de asaltantes. De momento, se limitan a hostigarles desde los edificios cercanos con armas ligeras, que pocos daños están ocasionando en los gruesos muros del edificio. Pero me temo que, en poco tiempo, los ulters dispondrán de cañones o algo parecido. Mis espías me avisan que en los cuarteles de las tropas del gobernador existe movimiento de armamento pesado que, indudablemente, irá a parar a los ulters. No tenemos todo el tiempo que habíamos pensado hace un par de horas. Tulau y los suyos están dispuestos a arrojar la máscara y apoyar a los asaltantes, sin el menor reparo.

— ¿Qué pasa con su ofrecimiento de ayuda, Thor? —preguntó Iris.

—Estoy esperando unas últimas confirmaciones de mis ayudantes, señorita. Algunos estaban indecisos, pero terminé de convencerles.

— ¿Tuvo que explicarles nuestros planes? —preguntó Iris, un poco molesta. Aún no estaba segura de si estaba actuando correctamente. Pero faltaba el jefe, Raúl, y las decisiones debían ser tomadas.

—A casi todos. ¿No le parece normal? Ellos van a arriesgar sus vidas y las de sus hombres. Nadie puede obligar a un hombre que luche voluntariamente por una causa desconocida.

—Eso es cierto, Iris —dijo Arnold.

—Los grupos se irán reuniendo con sus luchadores, amigos, en los puntos que me indicaron. El ataque será simultáneo en todas las principales ciudades de la Tierra, aunque estamos seguros de que, si triunfamos aquí, las demás irán rindiéndose lentamente, cuando conozcan que el gobierno de Tulau ha acabado.

—Nos queda poco tiempo…

—Apenas una hora. Debemos ponernos en marcha.

—Los amigos de Raúl insisten en liberar la Embajada, Thor. Es condición indispensable —dijo Iris.

—Pues que lo hagan ellos. Nosotros hemos pensado que, si nos apoderamos de los refugios, los ulters terminarán disgregándose, cuando les falten las instrucciones de sus jefes.

— ¡Pero entonces puede ser demasiado tarde! —gritó Iris—. Usted mismo ha dicho que los ulters pueden recibir armas pesadas de los cuarteles.

—Todos mis hombres serán insuficientes para el ataque, Iris —dijo Thor, apesadumbrado—. De veras que me gustaría poder ayudarla. Liberar a la Embajada ahora, nos costaría distraer un par de miles de buenos luchadores de otros puntos. No olvide que tenemos que neutralizar a la policía y los soldados. Además, alrededor de la Embajada, se concentran la mayoría de los ulters. Allí están distraídos. Nos beneficiará su lucha. ¿Y por qué no puede la Embajada resistir tranquilamente unas horas, incluso días?

—Necesitamos la presencia de Raúl.

—Lo siento —Thor negó con la cabeza—. Ustedes pueden intentar ayudar a la Embajada. Tengo que irme. Yo encabezaré el ataque al refugio. Espero poder verles en pocas horas y celebrar la victoria.

Thor recogió sus armas y bajó la escalerilla metálica, seguido del fornido negro, que se despidió de los jóvenes con una sonrisa. Arnold e Iris les vieron subir a un vehículo que esperaba en el sótano. Desde el corredor elevado, le vieron arrancar y salir al exterior. Varias docenas de coches y camiones arrancaron y siguieron al que ocupaba su jefe.

Regresaron al despacho de Thor para recoger el armamento. Arnold estaba revisando su metralleta, cuando el comunicador portátil

de Iris emitió un zumbido. La muchacha elevó la potencia del comunicante para que Arnold escuchase la conversación completa.

—Vamos para allá, Dayton —dijo Iris—. Thor ha salido con los suyos. Me ha asegurado que todo está correcto. El ataque masivo comenzará dentro de una hora.

—Nosotros también estamos dispuestos, Iris —dijo la voz de Dayton, sonando extrañamente metálica—. Hemos escogido algunos edificios de adictos cerca de los que ocupan los ulters que atacan la Embajada. Aún no se han dado cuenta de nuestra maniobra. ¿Tardaréis mucho?

—Una hora escasa.

—Es demasiado tiempo. Tendremos que atacar antes.

— ¿Por qué?

—Los ulters acaban de recibir cañones. Incluso los que van a manejarlos no se han molestado en quitarse los uniformes. El gobernador Tulau ha decidido, al parecer, dejar de jugar con su lealtad a la Federación. Quiere acabar con la Embajada y aislar la Tierra totalmente. Sabe que lo conseguirá después de destruirla. La Federación no volverá a enviar suministros, pero los gobernadores podrán seguir viviendo en la opulencia, con sólo restringir un poco más la comida a la población.

—Vamos hacia allí, Dayton —musitó Iris—. Procuraremos llegar cuanto antes.

* * *

Arnold dejó que Iris condujera el coche en medio de aquel laberinto que formaba el enorme barrio Zeta, donde Thor tenía su refugio. Aún estaba asombrado con la eficiente organización del jefe de lo que sólo parecía ser una banda de salteadores. Los hombres de Thor se movían y actuaban como un disciplinado ejército. Su armamento, aunque limitado a armas ligeras, era abundante y moderno. Conocían al dedillo la ciudad y sabían cómo llegar a cualquier punto, tomando caminos que parecían ser desconocidos para todos. Al llegar a la terminación del barrio, en una explanada enorme

que semanas antes era una ampliación del sector Zeta, vieron varios coches. Se dirigieron hacia el que conducía Iris y ella sonrió:

—Son nuestros grupos de choque más eficaces, Arnold. Nos seguirán hasta el cerco a la Embajada.

Arnold se fijó bien en los coches que les seguían. Eran viejos, pero recubiertos con gruesas chapas de acero. Las ventanillas habían sido convertidas en troneras, por las que asomaban armas automáticas. Se mordió los labios, preocupado. No existía un plan definido, por la sencilla razón de que no hubo tiempo para trazarlo. Simplemente, desde distintos puntos de la zona iban a converger diversos grupos armados sobre los más numerosos de ulters. Luego, cuando comenzara el ataque, la dirección de éste dejaría de existir. Los rebeldes tenían un solo objetivo: salvar la Embajada y liberar a su jefe. Era vital que la Federación no rompiese los tenues lazos que la unían, con la Tierra. Si De Martin perecía, la alianza con los rebeldes desaparecería.

Veinte minutos después, una vez dejaron atrás una fila de coches que aún ardían y pertenecieron a la policía, comenzaron a escuchar estampidos y tableteo de ametralladoras. Iris casi estuvo a punto de perder el control del coche cuando sonó el primer cañonazo.

—Oh, Dios —exclamó, reaccionando y apretando el acelerador —. Están utilizando los cañones.

Doblaron por una callejuela y entraron en una amplia avenida. Los frenos del coche chirriaron cuando Iris los utilizó a fondo. Delante, corriendo en desbandada, una numerosa multitud se dirigía hacia ellos. Los coches que venían detrás, aminoraron su marcha.

—Son ulters que huyen —dijo Arnold, sacando el cañón de su ametralladora por la tronera delantera—. Adelante, Iris. A toda velocidad.

Los coches rugieron y se lanzaron contra la multitud. Las armas funcionaron y las agitadas figuras comenzaron a caer, segadas. En los otros coches, empezaron a funcionar los lanzallamas, proyectando a gran distancia el calorífico dardo.

Arnold colocó otro cargador y apretó el gatillo. En medio del humo, veía docenas de ulters caer muertos por las balas o saltar delante de ellos, despedidos por el coche. Comenzaron a pegar botes cuando pasaron por encima de decenas de cadáveres. Un coche perdió el control y terminó estrellándose contra un edificio. Pero siguieron

adelante. Los ulters disminuían, hasta que sólo vieron correr a algunos grupos aislados, que buscaban la protección de las calles adyacentes y portales. Pero el terror les dominaba y no se preocupaban de defenderse siquiera. Habían abandonado las armas en la huida.

Iris aminoró la marcha. Estaban entrando en la zona utilizada por los ulters para cercar la Embajada. Cuando se asomaron a la gran plaza, la muchacha terminó de frenar. Arnold la vio palidecer primero y luego vomitar. Entonces miró al exterior y comprendió lo que le sucedía a Iris. También él se sintió mal.

Estaban rodeados de cadáveres humeantes, de los que salían unos pestilentes hilos de humo. La carne estaba corroída y por varias partes de los cuerpos, se veían huesos ennegrecidos.

—Han usado ácidos —dijo Iris, secándose el sudor que llenaba su frente.

— ¿Quiénes? —preguntó Arnold, mientras la hacía pasar a su asiento y tomaba él el volante.

—Los nuestros, indudablemente. Sabíamos que las tropas del gobernador tenían proyectores de ácidos, desde hace poco tiempo. Nuestro temor ha sido esta arma. No me explico cómo han sido los ulters quienes han sufrido las consecuencias.

Arnold miró a su derecha. Los otros coches también avanzaban muy despacio hacia el centro de la plaza. El edificio de la Embajada se veía ennegrecido, y acribillado por miles de impactos. Los cadáveres se desperdigaban por todas partes. Donde el ácido había caído de lleno, sólo quedaban montones de seres convertidos en una masa de hueso y restos de carne.

Iris abrió la puerta para salir y Arnold la detuvo, advirtiéndole que corría peligro, si pisaba el suelo.

—No te preocupes. Conocemos los efectos de este ácido. No es líquido, sino gaseoso, y sus efectos se disipan en pocos segundos. En caso contrario, habría entrado por las rendijas del coche.

Estaban apenas a un par de docenas de metros de la Embajada, ahora rodeada de grupos que lucían brazaletes amarillos. Algunos hombres portaban sobre sus espaldas unos cilindros, de los que salía una corta manguera, terminada en un proyector de cristal.

—Hola, Iris —dijo un hombre, acercándose a la pareja. Parecía

cansado, aunque satisfecho—. Has llegado justo para ver cómo esos miserables corrían como ratas.

—Sí, nos tropezamos con algunos —dijo Iris, mirando a su alrededor aún confundida, como si no pudiera creer que la lucha hubiera terminado tan pronto—. ¿Qué ha pasado? Cuando me hablaste, no me dijiste nada del ácido, Dayton.

—Entonces, ni yo mismo lo sabía. Una de nuestras secciones, que vigilaba el cuartel del sur, decidió atacar unos camiones que se dirigían al cerco. Esto nos salvó, pues transportaban para los ulters estos proyectores de ácido, con los que pensaban inundar la Embajada. Dejaron pasar otros vehículos con cañones, pero los que llevaban el ácido, iban poco custodiados y ya ves… Fue una suerte que obraran sin pedir instrucciones. Cuando vieron lo que tenían entre manos, corrieron para unirse a nosotros en el momento que comenzamos a atacar a los ulters. La acción del ácido causó tal pánico, que todo fue sencillo. Apenas hemos tenido bajas.

— ¿Qué hay de las personas de la Embajada? —preguntó Arnold, mientras se encaminaban hacia ella y de la cual salían algunos miembros de la Federación, que confraternizaban con los rebeldes.

—No creo que haya habido bajas sensibles. Se cuentan unos cinco muertos y un par de docenas de heridos sin importancia —explicó Dayton. Cuando Iris le dijo que Arnold era el hermano de Raúl, añadió—: Tu hermano salió del edificio cuando los ulters aún corrían en desbandada, tomó un coche v, con algunos hombres, se dirigió a la entrada del refugio que Thor dijo que iba a atacar.

Arnold soltó una maldición. Pidió a Dayton algunos cargadores para su metralleta y dijo que necesitaba que le llevaran allí.

—Yo te acompaño —dijo Iris.

—Será mejor que te quedes en la Embajada. Ahí estarás segura. Dile a Tony quién eres.

La expresión de Iris se endureció.

—Esta es mi lucha, Arnold. Si quieres hacerla también tuya, de acuerdo. Pero no puedes prohibirme que vaya adonde quiera.

Había acudido un coche potente, a una señal de Dayton. El conductor trajo la noticia de que, excepto en tres puntos sin importancia, las tropas y policía del gobernador, estaban siendo

reducidas. La ciudad, toda, era un caos, luchándose en docenas de barrios, en medio de una confusión total. Hasta dentro de varios días, no sé sabrían las consecuencias totales.

—Pues lo siento; pero no vendrás conmigo. Te quiero viva y entera para que vuelvas conmigo a Carhlu —afirmó Arnold.

—Te juro que si me impides seguirte, no volverás a verme.

—Maldita testaruda… —y Arnold la cogió de la mano para empujarla dentro del coche—. Pero me agradas así.

Sonrió y la besó. El conductor gruñó algo entre dientes y aceleró.

CAPÍTULO XI

Durante el trayecto, Raúl había estado escuchando por radio los informes de los jefes del grupo. La situación era ligeramente favorable para ellos, al menos en aquella ciudad. Aún existían muchos puntos donde se luchaba encarnizadamente contra la policía o soldados. Los ulters contaban ya poco. Después de su dura derrota ante la Embajada, su mayor preocupación consistía en ocultarse en medio de la masa ciudadana, que asistía estupefacta a la lucha.

Algunas unidades se habían rendido y la tropa, después de ejecutar a sus jefes y oficiales, se había pasado a los rebeldes. Otras, en cambio, tuvieron que ser aniquiladas hasta el último hombre. Sin embargo, al este de la ciudad y en los alrededores del astropuerto, las

cosas iban mal. Los soldados estaban rechazando a los rebeldes y bandas de los barrios Zeta. Raúl dictó órdenes para que nuevos grupos acudiesen allí. Insistió en que se debía comunicar a las fuerzas armadas que el Gobierno había caído, así como a otros muchos, en distintos puntos del planeta.

Raúl repasó sus armas. El conductor del coche, conducía velozmente por las intrincadas callejuelas, haciendo que las gentes se apartasen a su paso. Vieron patrullas con los pañuelos amarillos al cuello o formando brazalete. Descubrían el emblema burdamente pintado en el coche y soltaban gritos de júbilo. Sabían que su jefe pasaba ante ellos.

—No puedo comunicarme con la entrada al refugio —gruñó Raúl, después de intentar conectar por la radio—. ¿Seguro que Claus Thor capitaneaba el grupo que se dirigió hacia allí?

—Sí, jefe —respondió el conductor, haciendo una tinta para esquivar algunos coches militares que ardían en medio de la calle—. Yo regresaba de allá cuando volví a la Embajada en el momento que usted salía de ella, gritando por un coche. Pero no se preocupe. En ese lugar están nuestros mejores hombres, y debemos admitir que los guerreros de Claus, son magníficos.

—Lo sé, pero es importante que dominemos el refugio del gobernador. En estos momentos, estará en comunicación con otras ciudades, alentando a sus compañeros a la lucha. Si le acallamos, el desaliento cundirá en toda la Tierra y cesará la lucha pronto.

—El astropuerto aún representa un problema...

—Las tropas que lo defienden no se atreverán a salir de allí. Cuando se convenzan de que están solos, se rendirán. Sólo tenemos que impedir que rompan el cerco. Es bastante. Lo más importante ahora es destruir el reactor que proporciona energía al refugio y apoderarnos, si es posible, del gobernador para usarlo como rehén.

El conductor arrugó el ceño. Detuvo el coche y dijo: —Hemos llegado. Pero tenía entendido que los nuestros habían conseguido llegar hasta el reactor y lo inutilizaron.

—Entonces, no comprendo cómo todos esos condenados sicarios de Tulau no han salido de su madriguera, al faltarles aire.

Raúl bajó del coche y avanzó con pasos rápidos.

Sorprendentemente, la entrada del refugio estaba en un lugar que parecía poco apropiado para ello. Era un páramo, uno de los sitios más infectos de la ciudad, en donde ni siquiera los más desheredados seres de la urbe se atrevían a buscar cobijo. La entrada principal del refugio estaba hábilmente disimulada entre unas ruinas, ante las cuales varios carteles indicaban que era peligroso acercarse, a causa de la radiactividad. Los amigos del gobernador podían entrar y salir cuando quisieran, seguros de que nadie hubiera estado espiándoles. Fue una verdadera suerte que un hombre de Raúl consiguiera descubrir la entrada. La organización siempre estaba buscando lugares seguros para sus propios refugios, cuando aquel hombre se enteró de que, bajo sus pies, estaba el más secreto de los refugios de todo el planeta. Desde hacía tiempo, sabían los lugares de aquellos subterráneos de todas las ciudades de la Tierra, pero el de la ciudad más importante del planeta, hasta entonces, había resultado una total incógnita.

Raúl pisó uno de los carteles que advertían del peligro de radiactividad y que había servido para mantener alejados a los curiosos de aquella zona, que ahora se encontraba llena de hombres armados, que iban de un lugar a otro. La mayor parte de ellos, aunque llevaban pañuelos amarillos, eran hombres de Claus. Raúl encontró a uno de sus lugartenientes y le llamó para informarse de lo que estaba pasando allí.

—Llevamos intentando desde hace una eternidad reanudar la penetración a las profundidades, Raúl. Pero todo es inútil. Las defensas son mayores de las que siempre temimos —el hombre llevaba el brazo izquierdo vendado y empapado en sangre.

Había muchos heridos, que iban sacando de las ruinas y colocando cerca del lugar donde iban llegando camiones que los trasladaban a los centros de urgencia. En otro rincón, se amontonaban los muertos que a veces podían recoger. En ello trabajaban las mujeres, lo mismo que con los heridos. Eran las que no habían conseguido aún un arma y tenían que resignarse a otras tareas, en lugar de luchar.

—Creí que se había inutilizado el reactor —dijo Raúl. Había sentido encogérsele el corazón, al ver a tantos camaradas muertos, aunque la visión de centenares de soldados muertos, también le reconfortó un tanto. Allí, la lucha debió haber sido tremendamente dura. No descubrió rastros de ácido, porque era simple deducir que de los cuarteles no había llegado ningún tipo de ayuda.

—Sí, así fue. Encontramos uno en el tercer nivel y lo desactivamos. Aunque aún funcionaba el alumbrado, ese Claus ordenó el avance. Llevábamos lámparas porque se pensó que la energía se consumiría pronto de los acumuladores. Pero no fue así. Deben tener otro reactor de reserva, con el cual se sirven actualmente, muy profundo, en el subterráneo.

—Sigue.

—Cuando más confiadamente íbamos descendiendo y casi estábamos a las puertas de los paraísos artificiales, nos atacaron. Incluso consiguieron expulsarnos hasta el exterior. Allí les hicimos frente, con ventaja, durante un tiempo. Pero ellos sacaron tropas por otras salidas de auxilio y empezaron a atacarnos por la espalda. Tuvimos la suerte de que llegaron más gente de Claus y nos sacaron del aprieto. Fue terrible, jefe. Estuvieron a punto de derrotarnos, pero creo que actuaron un tanto precipitadamente. Antes de que lograran sacar suficiente número de soldados, conseguimos devolverles al interior de la tierra, en todas las salidas. En realidad, ellos perdieron, porque volamos todos los demás túneles.

—Claus Thor actuó con mucha precipitación —mascullo Raúl—. ¿Dónde está ahora?

—Dentro. Volvimos a recuperar algunos niveles, aunque no logramos llegar hasta donde se comenzó el primer repliegue.

—Tenemos que acabar con esta resistencia cuanto antes. El mundo debe saber que hemos triunfado plenamente en esta ciudad. Cuando los demás gobernadores lo sepan, perderán toda esperanza de vencer y se rendirán. Voy abajo.

—Te acompañaría si supiera que no iba a servirte de estorbo —se lamentó el hombre—. Pero no olvides ponerte mi pañuelo amarillo. Casi la mayor parte de los combatientes que están abajo, son hombres de Thor y ninguno te conoce.

Raúl se ató el pañuelo al cuello y se dirigió a las ruinas. Un grupo de hombres armados de lanzallamas y metralletas le precedían. Se apartaron para dejar paso a una columna de heridos, que eran sacados del interior por mujeres y hombres. Llegaron hasta la entrada, un túnel practicado en una pared en ruinas. La pesada puerta de acero, aparecía doblada a unos cinco metros de distancia. Allí, un pelotón se ocupaba de sacar municiones de las cajas que otra fila de hombres acercaba desde la parte posterior de las ruinas.

El caos existente dentro de los primeros túneles era total. En algunos sitios no había habido tiempo de retirar los muertos, poique incluso los heridos tenían que esperar recostados en un rincón. Raúl fue preguntando por Claus a cuantos veía con señales de estar luchando desde hacía tiempo en aquel lugar.

Los ascensores y montacargas no funcionaban y utilizó las escaleras para descender hasta el nivel donde estaba la primera línea de fuego. Inmediatamente bajo ellos, estaba el reactor inutilizado durante el primer ataque.

—Había oído hablar mucho de ti, Raúl Farrar —dijo Claus, cuando se presentó a él—. No te suponía tan joven. Debes ser muy listo, para haber conseguido alcanzar el liderazgo de tu organización.

—Tengo que agradecerte que te decidieras a unirte a nosotros, y luchar por nuestra causa —dijo Raúl, mientras le estrechaba la mano.

—Eh, no digas tonterías. Mis hombres y yo luchamos por nosotros. Ya resultaba imposible robar a nadie, porque todo el mundo tiene cada vez menos que poder robarle —rió Claus.

—Pero no me gusta la forma que has conducido el ataque —le recriminó Raúl—. Este enclave ya debía estar en nuestro poder.

La sonrisa desapareció del rostro sucio de Claus.

— ¿Tú lo hubieras hecho mejor? Seguí las instrucciones primarias, que eran poner fuera de funcionamiento el reactor. ¿Quién sabía que existía otro? Tampoco se previno la existencia de una guarnición tan numerosa y bien armada, que se baten como desesperados.

—Tulau debe tener algún plan para querer resistir tanto.

— ¿Cuál podría ser?

—Tenemos bloqueadas todas sus demás salidas. Tulau aún debe estar dentro. No creo que se hubiera arriesgado a salir al exterior con los primeros soldados que os atacaron por la espalda. Tal vez estén intentando conectar un túnel de emergencia con alguna otra salida distante. Esto les llevaría tiempo, pero ya han dispuesto del suficiente. No podemos perder más.

Claus señaló hacia delante.

Estaban parapetados tras una ingente cantidad de muebles metálicos y demás enseres. Frente a ellos, al otro lado de la gran plaza subterránea que servía de garaje, comenzaban los niveles donde Tulau y sus huestes vivían en medio de la opulencia y rodeados de lujos.

—No podemos avanzar. Cada vez que intentamos movernos, nos rocían de balas —explicó Thor.

— ¿No llegaron hasta el reactor e incluso lo rebasaron?

—Existe otro grupo de subterráneos a nuestras espaldas. Allí no hay enemigos y está bien vigilado por los nuestros. Si temes que puedan volver a poner en marcha el reactor, puedes estar tranquilo. ¿Por qué no volamos la salida y les dejamos aquí?

—Ellos seguirían transmitiendo órdenes a las tropas para que resistieran. Ya te digo que temo que puedan salir por otro lugar ignorado por nosotros, si les damos tiempo.

—Pues no veo la manera de conseguir nada...

—Existe un medio.

Claus le interrogó con la mirada.

—El reactor —dijo sombríamente Raúl—. Tenemos que liberar las válvulas de seguridad y dejar que las radiaciones escapen.

— ¿Estás loco? Eso es suicida. Tenemos cerradas las puertas de plomo. El enemigo puede llegar al reactor. Para impedirlo, liberamos las radiaciones lo suficiente para cargarse al tipo que se acerque.

—Eso complica un poco la cosa —dijo Raúl, mordiéndose los labios—. Pero si cerramos nuestro acceso y abrimos el que conecta con el enemigo, liberando las radiaciones al tope, ellos no podrán impedir de ninguna manera verse inundados. No tendrán ninguna defensa. Entonces, sólo tendríamos que cerrar las salidas externas con una buena capa de plomo y cemento.

—Sí, eso se podría hacer. Las compuertas exteriores están preparadas para detener unas radiaciones altas. Pero, ¿quién sería el loco que volviera a entrar en el departamento del reactor? Quien lo haga, ni siquiera podría salir. Liberar las radiaciones precisa una media hora. Después de ese tiempo, nadie podría salvarse. Sería mejor que se quedase allí.

—Yo lo haré. ¿Acaso pensabas que te lo iba a pedir? Tú te encargarás de sacar a toda la gente de aquí. Ordena la retirada y sella las entradas lo antes posible.

—Claro. Yo soy un sucio ladrón, jefe de una banda de rateros. En cambio, tú eres un idealista, capaz de morir por tu causa. ¿Es que pretendes que te levanten un monumento un día de éstos?

—No digas tonterías. Es pura lógica. Si seguimos atacando, el enemigo nos causará muchas bajas. Y yo puedo estar entre los que caigan. Además, si insistimos en el actual sistema, corremos el riesgo de darles tiempo y perder la guerra. Prefiero morir, sabiendo que vencemos.

Claus entornó los ojos y miró fijamente a Raúl.

— ¿Por qué quieres hacerlo realmente?

—Tal vez porque odio a Tulau. El capitaneaba los grupos de represión que aniquilaron a mi familia.

—Tu hermano aún vive...

—Entonces, dile que deseo para él lo mejor. Y dale las gracias por todo. Sé que ha luchado como el que más. Ahora, márchate.

Thor empezó a gritar órdenes de retirada. Los combatientes dudaron un poco antes de obedecerle, pero terminaron alejándose. Cuando se quedaron solos, ellos también retrocedieron hasta la escalera que conducía al túnel, tras el cual estaba el reactor. Raúl tendió su mano para saludar por última vez a Thor. Sonreía aún, cuando el puño de Thor golpeó con toda su fuerza en su mandíbula.

* * *

Arnold e Iris penetraban en los túneles. Apenas podían avanzar, a causa de los combatientes que corrían hacia el exterior. Un conocido de la muchacha, se detuvo unos instantes para decirles que Thor y Raúl habían ordenado desalojar el subterráneo. Luego, prosiguió la marcha.

Corrieron cuanto pudieron. Al comenzar a descender por las

escaleras principales, ya no veían a nadie. Entonces, descubrieron a Thor ascender hasta ellos. Llevaba a su espalda un cuerpo inanimado. Al verles, lo bajó e hizo que Arnold lo cogiese.

—Sí, es tu hermano, muchacho. Sufrió una caída y está desvanecido. Pero no te preocupes. No es nada. Llévale al exterior.

Arnold tomó el pesado cuerpo de Raúl y comenzó a ascender por los escalones. Al ver que Thor no les seguía, se volvió para preguntarle qué iba a hacer.

—Creo que aún queda alguien vivo —replicó Thor—. Voy por él.

— ¿Por qué nos retiramos? —preguntó Iris.

—Nuevo plan estratégico, preciosa. Vamos, corred. Os veré luego.

Bajó los escalones de tres en tres. Cuando alcanzaron el exterior, buscaron un lugar donde dejar a Raúl, quien comenzaba a dar señales de volver en vi. Estaba anocheciendo y se encendían focos junto a la entrada, en la cual trabajaban docenas de hombres vertiendo cemento rápido sobre la cerrada puerta de acero y plomo. Arnold corrió hacia allí, alarmado.

— ¿Estáis locos? —gritó—. ¡Dejad eso! Aún tiene que salir Claus...

Los hombres le miraron. Algunos tenían una nube de tristeza en su mirada, pero volvieron a su tarea. Arnold sintió que unos poderosos brazos le tomaban por los hombros y le hacían volverse. Era Jim.

—Déjalos, amigo. Ellos saben lo que están haciendo.

— ¿Es que no sabes que tu jefe se quedó dentro?

—Sí. Thor nos dio órdenes de que hiciéramos esto. Nosotros estamos acostumbrados a obedecerle. Thor sabe lo que se hace.

Arnold sintió un nudo en la garganta.

—Pero a mí me gustaría saber lo que se propone hacer Thor, allá abajo —la voz de Jim sonó quebrada por la emoción.

—Me imagino la verdad, Jim —replicó Arnold, abatiendo los hombros y regresando junto a Raúl e Iris.

* * *

Un fuerte contingente de hombres armados quedó vigilando la zona bajo la cual el refugio del gobernador Tulau se había convertido en una gigantesca cripta. Aún se luchaba en varios puntos de la ciudad y los demás hombres eran precisos.

Antes de emprender la marcha, Raúl, quien apenas había hablado desde que recobró el conocimiento, recibió un nuevo comunicado por radio. Se volvió hacia su hermano e Iris, diciendo:

—Nuestros compañeros de las ciudades africanas dicen que los gobernadores están empezando a rendirse. Parece que el silencio de Tulau les ha acobardado —añadió después, con ironía—: Ahora quieren volver a saber las condiciones que el enviado De Martin les ofrecía para emigrar a otros mundos. Los muy...

— ¿Qué piensas contestar?

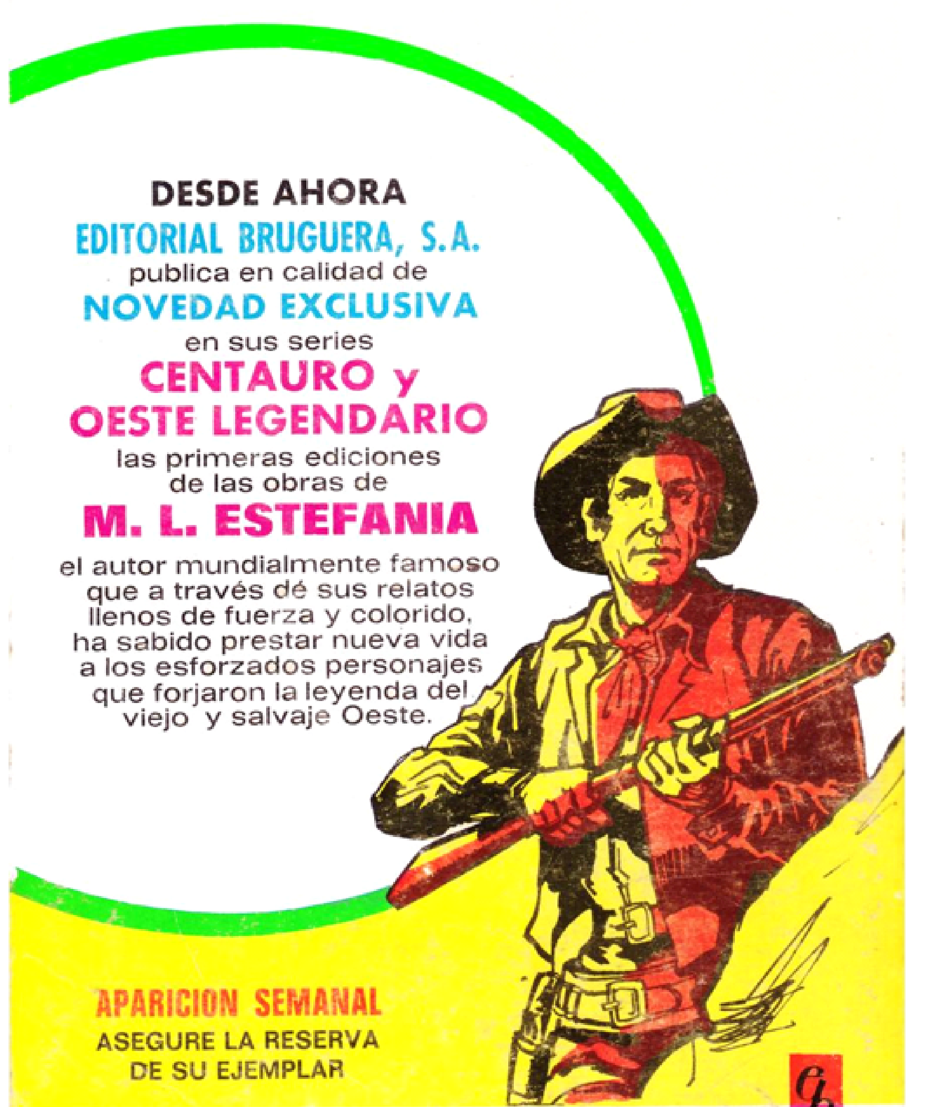
Raúl miró hacia el exterior, observando el caos de muertos y heridos que los grupos auxiliares intentaban organizar.

—La lucha debe terminar cuanto antes. Olvidemos los odios. Pero ojalá no vuelva a encontrarme nunca con uno de esos miserables. ¡Ah, Arnold! Olvidaba decirte que los nuestros se apoderaron del astropuerto. La nave que debe recogerte puede aterrizar dentro de unos días tranquilamente. Recuerda que cedo mi pasaje a Iris.

—Otros pueden usarlos. Iris quiere quedarse... y yo también.

Raúl movió la cabeza, pero sonrió, complacido. —Decididamente, estás loco. Pero me alegro que me ayudes a organizar este caos, hermano.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España